DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

SR. D. RAMON DE CAMPOAMOR,

el dia 9 de Marzo de 1862.

MADRID
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA
calle de la Madera, número 8.
—
1862

2.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

Sr. D. RAMON DE CAMPOAMOR,

el dia 9 de Marzo de 1862.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera baja, Núm. 8.

1862.

DISCURSO

DE

DON RAMON DE CAMPOAMOR.

LA METAFÍSICA

LIMPIA, FIJA Y DA ESPLENDOR

AL LENGUAJE.

SEÑORES:

I.

La Academia de la Lengua, encargada principalmente de discutir todos los problemas ideológicos, es la primera corporacion llamada á plantear y resolver las más trascendentales cuestiones de Filosofía, es la única Academia esencial y necesariamente *metafísica*. Sentar las leyes de un idioma es hacer el análisis del pensamiento humano, pues no se puede ménos de conocer el *pensar* cuando se estudia el *cómo* se piensa.

Las formas necesarias del lenguaje son las formas necesarias del pensamiento: el que estudia el pensamiento conoce al hombre; y el hombre, como dice Protágoras, es la medida de todo. Y una Academia que analiza el pensamiento, no sólo conoce al hombre, sino que, subiendo de escalon en escalon, de la ley gramatical, ó sea de la forma externa al pensamiento, de la legislacion al legislador, llega desde la facultad de pensar hasta la razon, esa luz desprendida del cielo, y que, segun la frase de Cousin, es un huésped que nos trae nuevas de un mundo desconocido: de tal modo, que el estudio de

una lengua es el saber por excelencia, pues teniendo el espíritu creado por base y el espíritu creador por vértice, pasa de la Psicología á la Metafísica, sube desde el hombre á Dios.

Hago esta indicacion sobre el alcance metafísico de la respetable Academia que me ha dispensado la no merecida honra de admitirme en su seno, para empezar combatiendo la opinion vulgar que cree que la Academia de la lengua no se debe ocupar más que en expedir cartas de naturaleza á las palabras que, en último resultado, no son más que la materia del lenguaje, cuando su principal mision es la de sistematizar el idioma, haciéndolo tan sencillo, que descanse sobre la naturaleza misma del pensamiento; tan fiel, que sólo exprese sus formas necesarias, y que sea un análisis tan exacto y preciso del entendimiento, que él solo constituya una completa y verdadera filosofía.

II.

Y al venir yo, por la indulgente votacion de la Real Academia Española, á ocupar el puesto que dejó vacante el Excmo. Sr. D. José Castillo y Ayensa, sabio helenista, escritor castizo, diplomático distinguido, y en cuyo elogio no me extiendo más, porque se ha encargado de hacerlo, tan brillante como se merece, otra pluma mucho más docta que la mia, creo que sólo ocupándome en una cuestion de Filosofía trascendental aplicada al lenguaje, como es la de probar que los grandes metafísicos son los grandes perfeccionadores de los idiomas, y que el grado de civilizacion de los pueblos corresponde exactamente á la altura de su lenguaje, podria hacerme

digno de ser hoy escuchado con benevolencia por esta ilustre Corporacion.

III.

Pero ántes de entrar en materia, ruego á la Academia me disimule que al desarrollar el tema de mi discurso, ensalce tanto á la Metafísica, ciencia de las causas; pues yo, como casi todos, participo un poco de la manía de Sofía Carlota, Reina de Prusia, de quien se quejaba Leibnitz, porque siempre queria saber *el por qué* de *el por qué*.

Ya he indicado que la Metafísica no es más que la ciencia del pensamiento, que el pensamiento es el hombre, y que, como asegura Mallebranche: «De todas las ciencias humanas la más digna del hombre es la del hombre mismo». Y siendo la Metafísica la ciencia más digna de todas, pregunto yo ahora: ¿es posible tener un verdadero conocimiento de nada sin un profundo estudio de la Metafísica? Yo desde luego respondo que no; porque si en todas las ciencias hay algo de probabilidad, sólo en la Metafísica es todo certeza. Esta ciencia de las ciencias, ampliando sus teoremas desde la Psicología á la Cosmología racional, y de la Cosmología á la Teodicea, concluye por ser, además de la ciencia del hombre, la ciencia de Dios; y Dios, como ya es sabido, no puede ni engañarse ni engañarnos.

Y haciendo una ligerísima exposicion de la serie de dudas, que despues iré aclarando, vuelvo á preguntar: en todo lo que tiene carácter científico, la experiencia ¿sirve para algo? Respetando la resolucion ulterior que sobre este punto tome la Academia, yo me

adelanto á decir que en el caso propuesto, en mi concepto, la experiencia sirve poco ménos que para nada. La experiencia está reducida á un hecho particular, y no hay ciencia de los particulares, sino solamente de los universales. En las ciencias es *à priori* hasta lo *à posteriori;* y al hacer un análisis, no se hace más que la verificacion de una síntesis; y esto es claro: para definir una idea tenemos que estar en posesion de otra idea anterior, de la cual dimana la que nos proponemos definir, porque es indispensable que á toda deduccion explícita preceda siempre una induccion implícita. Ejemplo. Cuando pensamos en el siguiente axioma: Todo suceso tiene una causa, —¿quién nos da este conocimiento? ¿Es la experiencia? No; la experiencia alguna vez *confirma*, pero nunca *enseña*. Pues ¿quién enseña siempre? Nos enseña siempre esa *iluminacion interior* de que nos habla Bossuet.

Y excluido de la formacion de un idioma, como de todo método científico, el elemento empírico, ó mejor dicho, experimental, sigo preguntando: el hacer independientes las reglas del idioma de las reglas del pensamiento ¿no es contrario á las leyes de Dios y de los hombres? La Academia de seguro opinará que sí, lo mismo que yo.

Y aplicando ahora el discurso, no á lo fundamental, sino á lo puramente tradicional de las lenguas, la etimología ¿es siempre un ascendiente veraz, de cuya casta no podemos renegar sin ingratitud? Yo no quisiera que la Academia, al ver que suelo ametrallar lo pasado para abrir camino á lo porvenir, creyese que sólo obedezco á un espíritu inconsciente de reforma. Hago esta pregunta, y daré más adelante la res-

puesta; porque yo cuando leo ó escribo, lo mismo que todo el mundo, me acuerdo de nuestra venerable ascendiente la etimología, lo mismo que de una de mis excelentes abuelas, á la cual no he conocido; y alguna vez que me he acordado de ella, he visto que en muchos casos la etimología desconcierta á la Gramática y contradice á la Lógica.

Pero esta es una cuestion que otros han de resolver con más sabiduría que yo, lo mismo que el punto de las reglas particulares que constituyen los modismos de un idioma, ó por mejor decir, ciertas irregularidades estultas y eufonizaciones ordinarias, en lo cual quiero adelantar mi opinion, diciendo, que el sostener á todo trance esta clase de idiotismos contra las leyes de la Lógica me parece una verdadera empresa de idiotas.

El filosofastro, por no llamarle el filósofo, Rousseau, el creador de tantas Julias de carne y hueso, que convierten el vicio en una sublimidad, sensualista, sin saberlo, creia que la palabra ha sido necesaria para inventar la palabra. Ciertamente es muy útil hablar para pensar; pero, porque sea *útil*, ¿se ha de inferir por eso que es *necesario?* La inteligencia da las leyes, y la Gramática las copia: esta es la parte innata de los idiomas; la eleccion de las palabras y las reglas particulares que constituyen los idiotismos, son lo arbitrario, son lo puramente climatológico. Si todos fuéramos ciegos, inventaríamos lenguajes de palabras que se *oyesen;* si sordomudos, palabras de signos que se *viesen;* si mudos y ciegos, signos de ideas que se *gustasen*, *oliesen* ó *palpasen*. La ley del cómo el pensamiento se expresa es necesaria y universal; la expresion exterior del pensamiento es arbitraria y particular.

No habiendo más que un solo idioma por dentro, y habiendo por fuera todos cuantos se quieran inventar, ¿cuál utopia es más irrealizable, la lengua universal ó la paz universal? Cada una de estas quimeras tiene sus maniáticos generosos. Pero los idólatras de la lengua universal son más en número y más propagandistas; y yo estoy por que se les deje elaborar ese horno de fundicion, en el cual han de reducir á una pasta maleable á todos los hombres, los climas, las leyes, los temperamentos, las creencias, los gustos y los hábitos; y despues que vuelvan á fundir á todo el género humano en un crisol idéntico, ya nos dirán quién ha de ser el César que ha de imponer ese idioma universal, por medio de un nuevo bloqueo insular y continental, poniendo en planta los recursos de una tiranía infinita.

Y aunque yo digo que en los idiomas la ley del pensamiento es todo y la palabra nada, creo, sin embargo, que en la expresion de las ideas la palabra, la *verdad material*, cuando es precisa, inequívoca, consustancial, vale tanto como el pensamiento, que es la *verdad ideal*. Si la expresion es el cuerpo del espíritu, ¿quién no ve en una expresion impropia la palidez enfermiza de una idea? Y, por el contrario, ¿quién, al ver una idea formulada con una expresion intachable, no recuerda aquello de *mens sana in corpore sano?*

Pero no quiero adelantar más la exposicion de mis ideas; y para terminar este exordio, diré que en mi discurso, mas bien que á dar solucion á estas cuestiones trascendentales, voy á consignar algunos pensamientos que sirvan de pretexto á las discusiones de la Academia, si es que ésta en su alta sabiduría los juzga dignos de su exámen. Y si creyese conveniente tomar alguno en

su consideracion, entónces este discurso no sería más que el insignificante motivo de un resultado importante. Debo advertir tambien que en él hallará esta docta Corporacion algunas ideas que parecerán inconexas, tal vez por falta de ampliacion; otras muy paradojales, más que por el fondo, por la fatalidad de un estilo que, siendo ya en mí orgánico, nunca podria modificarlo, aunque quisiera. Para estos defectos, y otros muchos que desde luego esta Asamblea de próceres de la inteligencia encontrará en mi discurso, me recomiendo á su benevolencia, á toda la benevolencia que les sea lícito tener conmigo á los fieles guardadores del más ideal y más sagrado de los depósitos, del idioma nacional, que siendo ya por sí solo una gloria, es además el vehículo de todas las glorias. Y cualquiera que sea el resultado de las cuestiones que voy á suscitar, bien se puede disimular á la Metafísica lo poco que alcance, en gracia de lo mucho á que aspira, y á mí perdonarme la poca destreza con que desempeñaré mi tarea, pues si no hallo lo cierto, lo buscaré con buena voluntad. ¡Buscar y no hallar! ese es el destino de la virtud, que busca la dicha en la tierra, y no la halla; ese es el tormento de la ciencia, que busca la causa de todo, y no la encuentra. ¡Buscar siempre, y no hallar nunca! ¡tal es el delicioso y torcedor anhelo de la virtud y de la ciencia, apetitoso como la felicidad, y engañador como la esperanza!

IV.

Para formular con claridad mi pensamiento, empezaré sentando la proposicion siguiente, que no es más que el comentario de un tema que debe ser muy simpático á

la Academia Española: *La Metafísica* LIMPIA, FIJA Y DA ESPLENDOR *al lenguaje.*

V.

Hay una cosa más clara que la luz del dia, y es la Metafísica.

Espero que no se alarmen por esta asercion los talentos perezosos, que áun creen que la Metafísica es un rosario de enigmas, y para los cuales filosofar es sólo, segun la expresion de un autor, *palpar tinieblas.*

Y la Metafísica, no sólo es la más clara, sino la más fácil de las ciencias.

Vuelvo á rogar á los naturalistas que me escuchen con paciencia.

Siendo un axioma evidente que *toda verdad forma parte de otra verdad superior*, es más claro y más facil estudiar la razon primera que las razones segundas: aprender la legislacion de las ideas, que las ideas que emanan de los objetos: comprender la ciencia de los principios generales, que una serie mal compaginada de fines particulares: abrazar en una idea universal todas las ideas parciales; porque, como ya dijo Santo Tomás, «Aquel será más sabio que llegue á poseer menor número de principios más generales».

El deseo de penetrar en lo infinito constituye en la naturaleza humana una locura divina, una especie de nostalgia celeste. Esta manía sublime sólo se cura subiendo á las regiones de la Metafísica, cielo del espíritu, donde todo lo que se ve son infinitos, en el cual la idea más pequeña que se piensa abraza la inmensidad.

Y á los espíritus enfermos de esta ánsia de universa-

lidad, ¿podrán satisfacerlos las ciencias físicas, que no son más que colecciones de varios pensamientos, cuando ellos á lo que aspiran es á saber Metafísica, que es la ciencia del pensamiento mismo? ¿Quién se podrá contentar con una de esas ciencias que acaso den la razon de algo, cuando en la Metafísica puede hallar la razon de todo? ¿Cómo el alma, compuesta de una infinidad de ideas infinitas, podrá preferir las ciencias naturales, que hacen del pensamiento un simple instrumento de estudio, á la Metafísica, que hace del pensamiento el exclusivo objeto del saber? ¿Podrá ser nunca tan importante el objeto *sobre qué* se piensa, como el sugeto *con qué* se piensa?

VI.

El más glorioso de los tiranos modernos, que detestaba á los ideólogos, y cuya historia es un tejido de victoriosas impertinencias, si se exceptúan las obras con que los ideólogos le han inmortalizado, con sus sarcasmos de campamento puso en moda entre la soldadesca intelectual de la sociedad moderna el desprecio de todo lo superfísico, de todo lo que se escapaba á ser modelado por su diosa adorada, la fuerza bruta. ¡El pigmeo! Como jugaba tan hábilmente al ajedrez con sus peones de carne viva, cerraba los ojos de su espíritu superior, por no ver que otros guerreros con más gloria y sin ninguna sangre, valiéndose de armas de más alcance que las suyas, conquistaban la inmortalidad, venciendo al error, á la impostura y á la tiranía, en ciertas batallas mágicas, dadas de tejas arriba.

¡Gloria á la Metafísica, nuestra divina madre intelec-

tual, en cuyo seno se engendran todos nuestros grandes pensamientos! Tronco de una posteridad eterna, la Metafísica da á las ideas una vitalidad imperecedera, y todos los hijos que ella no engendra son engendros.

Donde no impera la Filosofía, ¿sabeis lo que reina? El filosofismo. La Filosofía es una serie de hechos espirituales enlazados inmediatamente á la idea de esencia, y el filosofismo no es más que un órden de ideas, que sin estar enlazadas á un principio superior, juzga de cosas eventuales, de hechos contingentes, y deja arrollar la verdad por la fatalidad de las circunstancias, y obliga á la razon eterna á rendir holocausto al maldecido dios-éxito. Desde que los ineptos poderosos de la tierra han sustituido á la Filosofía con el filosofismo, ignorando que la razon de las ideas es la razon de las cosas, y que la verdad del entendimiento es la verdad de todo, la mayoría de las inteligencias padece de una tísis intelectual, que ha permitido que se introduzca en la literatura el novelismo moderno, esa que no llamaré gran corrupcion, sino esa gran insustancializacion del género humano, que ha dejado infiltrar en nuestro modo social de existir un epicureismo fácil, que empieza en el placer y acaba en el suicidio: que ha convertido el mundo de las ciencias naturales en un lugar de lugares comunes: que hace del campo de la política un palco escénico, que no sirve para otra cosa más que para la exhibicion de vanidades personales. ¡Maldicion en el filosofismo, ó sea en la filosofía de no filosofar, que cuando suministra ideas falsas ó estrechas á corazones enérgicos, produce los realistas inquisitoriales ó los demagogos guillotinadores! ¿Quiénes han inundado el mundo de lágrimas y sangre más que esos lógicos de ideas in-

completas, esos filosofistas de la Enciclopedia, que tomando una quimera ó una paradoja por un sistema, han desterrado la delicadeza de la sociedad, la virtud de la moral y á Dios de la Teodicea, convirtiendo al padre de familia en una autoridad usurpadora, al sacerdote en un mueble inútil y al magistrado en un verdugo!...

Sin la Filosofía (ó por mejor decir, sin su expresion más alta, la Metafísica), la política es una lucha de palos de ciego; la Historia una retahila de inepcias sin atractivo y sin moralidad; la Economía política, destituida de virtud, una hábil canalizacion que consiste en derivar hácia la propia heredad las aguas que Dios mandaba para fertilizar la ajena; el derecho una ordenanza de municipio; la moral una preocupacion de distrito; las artes una manifestacion de mentiras tontas ó de verdades triviales; los poetas unos adoquinadores de palabras, y los prosistas unos acarreadores de palabras sin adoquinar.

VII.

De lo que llevamos dicho se deduce que no saber Metafísica es no saber nada. ¡Sombras de Plinio, Copérnico, Newton y Cuvier! os pido perdon por mi irreverencia; pero, repito que no saber Metafísica es no saber nada. Sólo conocer el sér en su esencia, es saber; fuera de esto, es más ó ménos indiferente conocer el sér en un mayor ó menor grado de sus maneras de ser. Lo único que en vuestras ciencias hay de absolutamente cierto son las Matemáticas, y las Matemáticas no son más que principios metafísicos deducidos de la idea de cantidad; son axiomas evidentemente intuitivos,

son la verdad inteligible aplicada á la verdad material. Perdonadme si una necesidad científica me obliga á ser tan cruel con vuestras ciencias secundarias; pero sobre las ciencias de vuestras *causas causadas* está el conocimiento de la gran *causa causante*. No me presenteis la *experiencia* como única prueba de vuestra sabiduría: la experiencia es como Anteo, hija de la tierra, y no tiene ninguna idea del cielo. Yo moriria de sed, si me obligarais á beber la ciencia en la fuente de la experiencia, ese infecundo manantial de donde nunca se derivan las concepciones de lo inmenso, de lo eterno, de la virtud, del alma, de Dios y de la inmortalidad. Reniego de ese experimentalismo exclusivamente deductivo, que tiene por único objeto el estudio de lo finito, y que cuando aspira á más altas concepciones, añade lo finito á sí mismo, y nunca da por resultado lo infinito, sino lo indefinido. Y es inútil que la experiencia intente ver más allá de la sombra que proyecta, porque todas las experiencias del mundo acumuladas podrán dar por la adicion una generalidad muy extensa; pero por mas extensa que la supongais, así como lo indefinido nunca llegará á ser lo infinito, jamás la generalidad será la universalidad. «La verdad de mis clasificaciones, dirá Plinio, áun es la pauta de las clasificaciones de los naturalistas modernos.» No lo dudo.—«El sol, seguirá Copérnico, es el centro del universo.» Es muy posible.—«Todos los cuerpos, añadirá despues Newton, se atraen en razon directa de su masa, y en razon inversa del cuadrado de las distancias.» Y yo lo creo.—«Existe, concluirá Cuvier, entre todos los órganos de un mismo animal una correspondencia y subordinacion tales, que del conocimiento de un solo ór-

gano se puede deducir el de los demas.» Todo esto podrá ser cierto. Pero la certeza de estas ciencias humanas es de una verdad posible, contingente, hipotética; y el sabio lo que debe buscar es la ciencia axiomática, las verdades de necesidad absoluta.

Las clasificaciones de Plinio, el sistema planetario de Copérnico, la ley de la gravitacion universal de Newton, y la regla de la correlacion de las formas de Jorge Cuvier, son cosas finitas, leyes contingentes; y ninguna adicion de cosas finitas puede dar por total lo infinito, y las acumulaciones de objetos contingentes nunca podrán conducir á la idea de lo necesario. Las leyes de estos grandes naturalistas serán verdad hoy; pero ¿lo serán mañana? Y si Dios quisiese mañana crear otro universo, basando su régimen en principios diferentes de las leyes del actual órden físico, ¿serian verdad las leyes que hubiesen regido hasta hoy á nuestro universo? No, seguramente; pero siempre serán verdad los principios de la Metafísica, porque estas leyes no son *causas causadas*, sino que son maneras de ser de la gran *causa causante;* porque sería inconcebible que Dios pudiese hacer que los rayos de un círculo sean desiguales, ó que haya un efecto sin causa, ó una causa sin sér, ó un fenómeno sin sustancia, ó una cualidad sin sugeto, ó una multiplicidad sin unidad, ó que la justicia sea un mal; porque estas son verdades de un órden supremo, de una necesidad absoluta, verdades que constituyen el fondo mismo de la naturaleza del hombre, legado inmortal, trasunto divino de las verdades absolutas, fundadas en la sustancia íntima de Dios.

VIII.

Y concretando el razonamiento al objeto principal de nuestro discurso, continuaremos probando el tema de que *La Metafísica* LIMPIA, FIJA Y DA ESPLENDOR *al lenguaje.*

Para esto empezaremos considerando la Metafísica, que es la ciencia del pensamiento en potencia ó *en sí*, con relacion al lenguaje, parte de la Lógica, que es la ciencia del pensamiento en acto ó *fuera de sí.*

La expresion nace de la idea, como la luz del sol. La expresion y la idea son dos hermanas gemelas; pues aunque la expresion haya venido al mundo mil años despues que la idea, cuando se encarnan parece que han nacido al mismo tiempo.

De dos que se ocupan en una idea, ¿quién tiene más mérito, el que la descubre ó el que la describe?

Hay una cosa poco ménos importante que la idea, y es su expresion metafísica. La expresion metafísica tiene el mismo carácter de universalidad que la idea: describe á un individuo, y comprende á todo el género; define la unidad, y abraza la totalidad; así conviene á un solo número, como á todos los números posibles. Y sólo está dicho metafísicamente, ó más claro, sólo está bien dicho aquello que no es posible decirlo mejor; porque la definicion metafísica echa su raíz en la sustancia misma de la cosa que describe, se inspira en su fuerza, y la abraza y la comprende en la unidad de su esencia individual, y en la totalidad de su extension genérica.

No hablar ó no escribir en Metafísica es hablar ó escribir al aire.

Cuando los filósofos dicen : «*El órden* es la variedad sometida á la unidad», esta definicion comprende á toda clase de órdenes.—«*El hombre* es una inteligencia servida por órganos»; esta descripcion del hombre abraza á todos los hombres en toda la plenitud de su carácter físico y moral.—«*El bien* de una criatura cualquiera es la realizacion de su fin conforme á su organizacion»; este es el bien de todos los séres sin excepcion.—«*La verdad* es la perfecta identidad de la idea y de su objeto»; de la perfecta conformidad del pensamiento y de la cosa pensada tiene que resultar indefectiblemente lo verdadero.—«*La Filosofía* es la ciencia de nuestros medios de conocer»; definicion que conviene á todas y á cada una de las partes de la ciencia.

Estas y otra multitud de definiciones metafísicas, ó lo que es lo mismo, absolutamente propias, que se hallan diseminadas en los libros de Filosofía, son las que hacen que un lenguaje se *limpie* de términos parásitos, marche con *fijeza* sobre un terreno de granito, y brille *esplendorosamente* en esas regiones del alma, donde Dios se dignó esculpir la razon de las razones, ó sea la ciencia de la razon de las cosas.

IX.

Las bases de la Gramática general, las leyes del pensamiento, son metafísicas, son de necesidad absoluta; las formas con que se expresan son fisiológicas, sólo son de necesidad contingente. El modo ó la ley de expresarse el pensamiento es invariable, universal, cosmopolita; la forma ó la palabra en que se expresa es contingente, localizada, territorial.

Considerados en sus idiotismos nacionales, en sus caractéres regnícolas, todos los idiomas toman un cierto olor del terreno donde nacen.

Mostradme el idioma de una nacion, y os diré cuál es su carácter.

Tantas razas, tantos idiomas; y por eso, sólo creeré en la posibilidad de una lengua universal, cuando me probeis que existe una identidad fisiológica universal.

He leido historiadores muy veraces y muy serios que atribuyen la invencion de la escritura alfabética al fenicio Cadmo. Esta es una de las muchas simplezas tradicionales con que los eruditos atestan la cabeza del vulgo. A los cinco minutos de reunir á un vaquero de las Landas con un pastor de la Alcarria, ya repiten la invencion de Cadmo y se entienden perfectamente, ora representando los sonidos articulados por medio de un alfabeto convencional, ora pintando las ideas por medio de jeroglíficos, de seguro no mucho más insignificantes que los de los egipcios.

En materia de inventar lenguajes, los amantes en visita son más perspicaces que Cadmo.

Lo que no saben los historiadores á quienes aludo, y yo, aunque soy tan ignorante, sí lo sé, es el maestro que enseñó la lógica á nuestro padre Adan; pues es de suponer que nuestro padre Adan no habrá hablado en el paraíso sin gramática y sin lógica. A esto me contestarán que Adan hablaria correctamente por un milagro de Dios; y á esto respondo yo que Adan habló como Dios le dió á entender, sin más que abandonar el entendimiento á lo que los escolásticos llamaban la *lógica natural*; porque el pensamiento, al reducir en sus maneras de ser todas sus ideas á *sustancias*, *cualidades* y *relaciones*, y al

expresarlas con estas tres clases de palabras, *sustantivos, adjetivos* y *verbos*, obedece á una ley de su naturaleza esencial, porque el sér en potencia, al pasar á sér en acto, ve copiadas por la Lógica y la Gramática algunas de sus maneras de ser.

En toda gramática, por una ley que hayan inventado los hombres, ciento las ha revelado Dios.

En su misticismo materialista sostiene Bonald, « que ántes de la invencion del lenguaje, el entendimiento es un libro cerrado con siete sellos;—que el espíritu, ántes de haber oido la palabra, está vacío, desnudo;—que los hombres reciben unos de otros su existencia física por la generacion, y su existencia moral por la palabra ».

Bonald, sin duda, creia que se piensa porque se habla, cuando la verdad es que se habla porque se piensa. Y el hombre al hablar, ó lo que es igual, el pensamiento al obrar, se corporiza, toma forma bajo una pauta invariable, típica, universal, que se llaman lógica y gramática. Si se le preguntára á Bonald «¿por qué no piensa vuestro perro?» siendo consecuente con su sistema, contestaria: « porque carece de signos »; y si se le volviera á preguntar : « y ¿por qué carece de signos?» siendo infiel entónces á su método, tendria que decir : « Porque no piensa ».

El pensamiento sin la palabra siempre es una concepcion; pero la palabra sin la idea es un alarido. El signo casi nunca es padre de una idea; miéntras que donde quiera que nace una idea brota un signo.

Por eso, aunque algo vaga, no deja de ser cierta la asercion de Lamennais, de que « aprender á hablar es aprender á pensar »; y más exactamente dice el que fué individuo de esta Academia, nuestro malogrado Balmes, «que

estudiar el lenguaje es estudiar el pensamiento »; porque en el artificio interior del lenguaje, considerado, no como el arte, sino como la ciencia de la palabra, si no está todo el pensamiento, están la mayor parte de sus manifestaciones; y si no está todo el sér, se hallan sus principales maneras; de modo, que sin dejar de ser cierto bajo algun punto de vista el principio de la antigua escuela de que « todas las lenguas son dialectos de una sola », lo que es de certeza metafísica, de verdad absoluta, es que todas las gramáticas son variantes de una misma. En todos los idiomas, lo que hay de *limpio, fijo y esplendoroso* son los principios que se llaman de Gramática general, es la regla universal, es la ley metafísica; las irregularidades, lo que hay en ellos de oscuro, variable y confuso, es de invencion local, es todo antimetafísico.

X.

Todos los grandes pensadores son metafísicos, áun sin saberlo. Por eso vemos que los buenos poetas no son más que filósofos que expresan sus concepciones por medio de imágenes. Estos metafísicos por intuicion ignoran completamente, ó para hablar con más exactitud, á ellos no les importa saber si el latin es el padre, y el griego el tio carnal ó el abuelo del español; y prescindiendo de la ilustre, ó no ilustre, prosapia de las voces, suelen llevar á las plazuelas, como Quevedo, á las descendientes de antiguas casas solariegas, ó colocan, como Cervantes, en el solio de la elocuencia á términos que ayer parecian vulgares hasta á la misma plebe. Estos grandes sacrificadores, ó santificadores, de las augustas, ó no augustas, frases tradicionales, mucho mejor que los etimologistas,

respetuosos adoradores de la heráldica del vocablo, son los que verdaderamente fijan los idiomas, porque no inmovilizan los pensamientos cargándolos con palabras que no suelen significar lo que la autoridad quiere que signifiquen, sino que, convirtiendo el mármol en carne, y dando á cada pensamiento una voz, que aunque no sea histórica puede no tener sustitucion posible, suben el nombre y lo nombrado á la region inmutable de las ideas, donde lo que existe, existe eternamente. Y cuando una frase ha sido ennoblecida ó acanallada por estos hablistas inspirados, por estos fotógrafos de ideas, es inútil acudir al orígen de la palabra para rehabilitarla ó excomulgarla, pues la ley de la significacion de los términos no tiene efecto retroactivo; y por mas que diga Nodier «que la etimología es el pasaporte del vocablo», yo sostengo que la expresion metafísica, con más verdad que la etimología, no sólo es el pasaporte del vocablo, sino la carta de seguridad de la inmortalidad de las ideas.

Voy á esclarecer más mi opinion con un ejemplo. Los etimólogos dicen que la palabra filosofía se deriva de *philos*, amante, y *sophia*, sabiduría. Hoy *Filosofía* significa la ciencia del pensamiento; de modo, que lo que ántes significaba un sentimiento, ahora significa una ciencia Segun la etimología, la palabra filosofía no es más que el deseo de saber; y segun el uso, la Filosofía es el saber mismo. La palabra sofista se deriva de *sophos* (sabio); y ahora sofista, en vez de sabio, significa un argumentador de mala fe. Véase cómo la etimología, si unas veces da el conocimiento de una palabra, otras veces lo quita.

Insisto, pues, en decir que en vez de fijar la significacion del lenguaje, haciendo exclusivamente historias lar-

gas y mentirosas de abolengos etimológicos, lo mejor sería hacer definiciones metafísicas de las palabras, procurando que la expresion se encarne en la esencia misma de las cosas: que al dar cuerpo al espíritu, las palabras no sean un traje de quita y pon, sino una piel viva y sensible, bajo la cual sientan los nervios y circule la sangre. Estoy plenamente convencido de que cabe más metafísica, es decir, cabe más talento en la definicion perfecta de un grano de arena, que en el conocimiento de todas las leyes físicas de todos los mundos conocidos; y creo que haríamos un lenguaje *limpio*, *fijo* y *esplendoroso*, si á cada idea la corporizásemos con su expresion perfectamente exacta, ó lo que es lo mismo, metafísica, esencializando todo lo accidental, hasta tal punto de compenetracion mutua entre el pensamiento y sus términos, que si la idea fuese á nombrar la expresion, la llamase naturalmente *la hija de mis entrañas*.

Es indudable que toda idea vive en su expresion metafísica, como el pez en el agua. Yo, que creo que sólo las leyes del pensamiento son innatas, y que las formas con que se visten, es decir, los idiomas, son arbitrarios y convencionales; cuando oigo ó leo la expresion exacta, propia, metafísica de una idea, me parece que aquellas palabras son tambien innatas como las ideas: que ese abismo insondable para la razon que media entre el pensamiento y la palabra ha sido suprimido: que el habla entónces se confunde con la facultad de hablar: que la palabra no es más que un eco de la voz pensada: que la expresion metafísica, lo más ideal del espíritu humano, se identifica con la idea, que es copia del espíritu divino: que la palabra es la encarnacion del pensamiento: que Dios se hace hombre.

Si es verdad que la etimología enseña á dominar el valor de los términos, el talento metafísico no solamente los domina, sino que los esclaviza. En nuestro modo comun de hablar, se puede decir una misma cosa con diferentes palabras; pero en Metafísica, que es la estereotipia de los pensamientos, identificadas la idea y su expresion, es indispensable pronunciar la misma palabra para que se entienda la misma cosa; y claro es que cuando un escritor consigue que cuando se pronuncie una misma palabra se entienda una misma cosa, las palabras toman en la region inmutable del pensamiento la *fijeza* que es inherente á la eternidad de las ideas. En este solo caso es cuando se efectúa lo que se ha dicho de que el pensamiento se revela al hombre con la expresion y por la expresion, así como el sol se muestra á nosotros por la luz y con la luz. En todo término hay la palabra, el fenómeno que pasa; y el pensamiento, la sustancia que no pasa; cuando la palabra es el molde verdadero de la verdad del pensamiento, entónces la palabra se hará esencial como el pensamiento mismo, será *limpia* como el espíritu, *fija* como lo eterno, *esplendorosa* como lo divino: no pasará.

Y no pasará, porque el lenguaje elevado á la region de las ideas, es casi la inteligencia misma; y entónces el pensamiento es una palabra interior, y la palabra un pensamiento externo; y entónces el arte de pensar es lo mismo que el arte de hablar; porque en esa region el espíritu humano está entero en el artificio del lenguaje, y las leyes del lenguaje son las leyes del pensamiento, y las leyes del pensamiento, repito que son las leyes de todo.

XI.

A las definiciones de las palabras se les pueden aplicar las tres condiciones que exige la ley general que rige á toda belleza, ó sea á la verdad hecha sensible, y son: primero, la *forma;* despues la *forma;* y por último, la *forma.* La elegancia más exquisita, la expresion más metafísica, es la condicion primera que exige para presentarse en público lo que podremos llamar la coquetería de los grandes pensamientos. Casi es más tolerable un buen artista, siendo mal pensador, que un buen pensador, siendo mal artista.

Las ideas creadas por Dios son espíritus nonnatos hasta que son bien expresadas ó nuevamente creadas por el hombre. Las ideas que vagan informuladas todavía por los abismos de nuestra inteligencia, son verdaderas almas en pena, hasta que salen redimidas á la luz por algunos de esos genios metafísicos, que, siendo grandes hablistas, hacen que las ideas creadas, pero no nacidas, salgan de su primera vida divina á una segunda vida humana, y que no sólo honran á su patria dando á luz las hijas de su inteligencia, sino que hacen hijas adoptivas de su país á todas las grandes ideas de todas las demas inteligencias de la tierra. Por eso en la elocuencia, vibrante eco individual de un sordo rumor comun, el orador que arrebata á un pueblo no es más que un hablista que expresa con novedad las ideas que ya eran viejas en el instinto de la muchedumbre. Por eso es poco ménos original el escritor que expresa bien un sentimiento que el primero que ha tenido la inspiracion de sentirlo; porque la invencion es un procedimiento por el cual se hace

cierta una proposicion dudosa, y la originalidad es la aplicacion de una forma nueva á una idea vieja.

Estos metafísicos instintivos, que, segun dice el vulgo, son los únicos que saben hablar *al alma*, al dar forma plástica á los pensamientos con una naturalidad sobrenatural, parece que sustituyen en la region del alma el término por la idea, y en la del cuerpo la idea por el término, hasta tal punto, que su manera íntima de escribir se puede decir que es una resurreccion de las ideas.

¡Guerra implacable, no diré á esa coleccion de malos escritores, sino á esa turba de escribidores, que, prescindiendo de lo que ellos llaman *delicadezas literarias*, visten las ideas sin tomar por modelo el cómo se vestirian si se vistiesen las Gracias, y dejan los pensamientos andar por el mundo con unos trajes que causa pena el mirarlos, unas veces por lo mal cortados y otras veces por lo mal cosidos!

XII.

Así como la luna ejerce atraccion sobre los mares, la Metafísica, al pasar sobre los pueblos, levanta el nivel de los idiomas. La premisa de toda metafísica supone la consecuencia de una gran literatura y de un gran lenguaje. Y esta ley ideológica se convierte, como siempre, en una ley histórica.

Pongamos algun ejemplo.

Prescindiendo de los pueblos orientales, donde es de necesidad que suceda lo mismo que en los de Europa, pues las leyes metafísicas son reglas sin excepcion, dicen los que lo saben, y yo lo sabria aunque no me lo dije-

sen, que Platon y Aristóteles elevaron el idioma griego á la mayor perfeccion. Y no sólo esta clase de talentos son capaces de convertir de improviso los dialectos en idiomas, sino que en la cabeza del más pacífico de los metafísicos van encerradas por lo ménos tres revoluciones, una religiosa, otra política y otra literaria. Y es porque la Historia va adonde la Metafísica la lleva. Esta ciencia omnisciente, que, segun Mallebranche, sólo la gustó por completo Adan ántes de su pecado, en todas partes está, aunque en ninguna se toca; es una electricidad latente que todo lo envuelve; la luz con que vemos, el aire que respiramos; y siendo la hija primogénita de Dios, es la madre de todas las cosas.

Pero continuemos el ejemplo.

Con perdon de esas inteligencias tímidas que no pueden oir pronunciar la palabra Metafísica sin sentirse sobrecogidas de espanto, diré que todos los pensamientos genios son pensamientos metafísicos. Y añadiré más, y es, que el tronco de todas las dinastías de los reyes del pensamiento siempre es un filósofo. Cuando á un escritor cualquiera no le halleis alguna filiacion metafísica, no os empeñeis en buscarle nobleza de sangre: ese escritor no es de raza. En la antigüedad, Ciceron y Virgilio son hijos de Platon; Horacio y Lucrecio, de Epicuro; Tácito, de Zenon; y Lucano, de Séneca. Despues de la gran elaboracion metafísica de la edad media, Santo Tomás fecunda, entre otras, las inteligencias del Dante, de Petrarca y de Alfonso el Sabio. Viene al mundo Luis Vives á fines del siglo xv, y se inaugura la época del renacimiento. Ante este docto escritor todos los demas escritores de la reforma son unos escribientes. Este gran agitador de la rebelion antiaristotélica, sin ser un eco-

nómico sembrador de ideas con sistema, ha sembrado, no las ideas, sino los sistemas á granel. Y ya que de idiomas hablo, valiéndome de una imágen gramatical, diré que en la oracion filosófica del renacimiento, Vives es el sustantivo, y todos los demas escritores son unos simples adjetivos. Y si no tuviese tan honda antipatía á usar de figuras panteísticas, añadiria que Vives es la sustancia, y sus sucesores unos modos: que todos son unas cualidades, cuyo sugeto de inherencia es el talento de Vives. Este Cervantes de la Filosofía hirió de muerte al quijotismo escolástico, que mucho tiempo despues fué á exhalar, no muy justamente por cierto, su último suspiro á los piés de uno de los discípulos más prosaicos de Vives, del canciller Bacon de Verulamio. Llega en el siglo XVI la última evolucion del escolasticismo, y de la cual es el primer atleta el español Francisco Suarez, y estas ideas son reproducidas en la Mística por Granada, Leon y Santa Teresa; en la Historia por Mariana; y en la Poesía dramática por Calderon de la Barca. Siguiendo el curso de las ideas en los tiempos modernos, añadiré que en España el psicólogo Cervantes procede de nuestro socrático Gomez Pereira.

Gomez Pereira y Cervantes, verdaderos fundadores del psicologismo moderno, son los primeros que intentaron certificarse de su existencia para partir en sus investigaciones de un principio cierto. El famoso entimema de Descartes, *Pienso, luego soy*, está copiado al pié de la letra de este silogismo de Gomez Pereira: «Lo que conoce es: yo conozco, luego yo soy.» — Y Cervantes, en su original poema, cuando D. Quijote cuenta lo que vió en la cueva de Montesinos, dramatiza este mismo principio filosófico del modo siguiente: «Despabilé los ojos,

limpiémelos, y ví que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos, por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacia, me certificaron que yo era allí entónces el que soy aquí ahora». — Con este razonamiento psicológico, el hidalgo manchego, no solamente prueba que existe porque piensa, ó como él dice, porque hace *discursos concertados*, sino que existe con *identidad* de conciencia, *habiendo sido allí entónces el mismo que es aquí ahora*. Pero ni el ser el *Quijote* el desenvolvimiento objetivo del pensamiento metafísico *pienso, luego soy*, bastó para que Descartes tuviese la lealtad de confesar que la más célebre de sus concepciones habia sido copiada, pero literalmente copiada, de nuestro compatriota Gomez Pereira. Y si el don de invencion es don de fortuna, como dice Quintana, no le bastó á Gomez Pereira la fortuna de ser el inventor del *pienso, luego soy*, pues la posteridad ha declarado á Descartes poseedor de buena fe de su evidentísimo plagio; y si Gomez Pereira tuvo la fortuna de la invencion, no tuvo la fortuna de que se le hiciese justicia.

Pero, en fin, aparece Descartes en el siglo XVII, y arrebatándonos el cetro de la Metafísica, como era natural, decalvó al idioma español poniendo fin á su reinado, é inauguró al mismo tiempo un destino tan glorioso como inmerecido para la lengua francesa.

Y es que en cualquier parte del suelo en que pone su planta un metafísico nace una civilizacion.

Respirando en la atmósfera sin límites creada por el espíritu de Descartes, se vigorizan en Francia los enten-

dimientos de Mallebranche, Bossuet y Fenelon en Filosofía é Historia; y en Literatura, de Corneille y de Racine.

En Alemania, despues que Klopstock debe su desarrollo á Leibnitz, viene Kant, tan grande como Aristóteles, y acabando de desentecar el aleman, llegan á hacerle casi rival del griego, en Literatura sus adeptos Schiller y Goethe, y en Filosofía un sinnúmero de discípulos, que, si bien han galbanizado todas las inteligencias hasta los límites del delirio, han obligado tambien á todos los idiomas á enriquecerse con un gran caudal de esas palabras metafísicas que forman una parte muy considerable del vocabulario de todas las ciencias, haciendo que la mayoría de los idiomas toquen ya con la cabeza al cielo, por haberse aumentado tanto en ellos la parte divina del lenguaje humano.

XIII.

Y concluyendo, para no privar por más tiempo á mi auditorio de oir otra voz más elocuente que la mia, resumiré el objeto de mi discurso, diciendo que yo no quiero que todos los hombres inteligentes se conviertan en ontólogos, que, inclinados hácia la profunda fragua donde se forjan los primeros principios, pasen la vida amasando tinieblas para hacer surgir espectros, no; lo que yo me propongo no es siquiera que la Filosofía se mezcle en nada, sino que se piense en todo desde la region elevada de la Metafísica. Si Esopo, en alguno de sus apólogos, hubiera dado vista y enseñado Metafísica á algun topo, tendria entónces que suponer por necesidad que su héroe no veia como los demás topos las cosas de abajo arriba,

sino que las veia de arriba abajo, mucho mejor que las águilas. Esta ciencia, que busca la esencia de las cosas y los principios de todos los séres, es la palanca de Arquímedes, con la cual mueve el hombre á placer todos los universos inteligibles. Podeis honrar vuestra inteligencia con todas las máximas de la moral, ilustrarla con el conocimiento de todos los fenómenos físicos, fortificarla en el trato social con el estudio de todos los problemas económico-políticos; pues despues de saber todo esto, y mucho más que todo esto, el no saber Metafísica es no saber lo lo que se sabe.

¡Jóvenes, á quienes amo con la ternura paternal del que está en el principio del fin de su existencia! Si quereis escribir y hablar tan divinamente como los Balmes y los Donosos, arrebatados por la muerte en lo mejor de su edad del seno de esta Academia, y como otros muchos que en la actualidad causan su orgullo, y á quienes no nombro por no ofender su modestia, ¡estudiad esa ciencia sobre la cual los espíritus superficiales disputan, no sólo si existe, sino hasta la verosimilitud de que pueda existir; pero que es la única que nos suministra las pruebas más patentes de la espiritualidad de nuestra alma, de la inmutabilidad de las leyes morales, y de la existencia, del poder, de la justicia y de la bondad de Dios! ¡Emprended, emprended el estudio de una ciencia compuesta de verdades que están fuera de nosotros, y muy por encima de nosotros, y por tanto, más que de los hombres, digna de los ángeles: que nos enseña las leyes divinas en la naturaleza humana: que tiene á Dios y al alma por punto de partida, por punto de apoyo la lógica, y la moral por punto de parada! ¡Santificad el sol de esas luces que se llaman ciencias: que saca las vidas de los limbos: que

esclarece todos los presentimientos confusos de lo infinito: que, adormeciendo las pasiones físicas, sólo exalta un sentimiento moral, que podremos llamar la pasion de la razon, pasion divina que no siempre nos da consuelos, pero que jamás nos hace derramar una lágrima; pasion, en fin, que abismándonos en ese trabajo interior de las ideas, secreto y santo como la oracion, y que no tiene más que á Dios y á la conciencia por testigos, estimula en nosotros cada vez más el deseo de saber, esa esperanza sin desengaños, y el estudio de la verdad, el único placer sin remordimientos!

2 bis

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. MARIANO ROCA DE TOGORES,

Marqués de Molins,

EN CONTESTACION AL PRECEDENTE.

Señores:

Cuando la imaginacion vuela y se cierne en las elevadas regiones de la Metafísica, llevada ó sostenida por el impulso de un ingenio prepotente, es cosa desapacible y violenta plegar las alas y descender, por no decir desplomarse, hasta los terrenales albergues en donde nosotros residimos, hablamos, nos movemos. Y, sin embargo, á este rápido descenso, á este seguro golpe me llama la amistad, y me fuerza el deber; asísteme al ménos la esperanza de que me recibirá vuestra benevolencia, y de que, los que aplaudisteis á los vuelos del ingenio, no habeis de reir con el descalabro de mi buen deseo.

La Academia Española, ántes de elegir por emblema el crisol que limpia, fija y da esplendor al oro purísimo de la lengua castellana, emblema que ha adoptado el nuevo justador como blason en esta su reciente empresa; la Academia, digo, usó otro timbre más modesto y no ménos significativo: el de una colmena de humildes, laboriosas y útiles abejas. Séame permitido aceptar hoy como existente semejante escudo, y siguiendo su alegoría, decir que el señor Campoamor ha acercado la lla-

ma de su ingenio á la piquera de esta colmena literaria, y que á su calor ha hecho volar el enjambre de las inteligencias, y con las nubes de su aroma las ha levantado á alturas, para ellas, si no desconocidas, por lo ménos poco frecuentadas. Ahora bien, disipada ya la fragancia, apagado el fuego, necesario es que volvamos uno tras otro hácia nuestro abandonado panal; porque al cabo, en él se labra y custodia el habla, miel dulcísima con que nos despecharon nuestras madres, y blanca cera que se consagra en los altares del Dios vivo, y con la cual se alumbrarán en sus caminos las generaciones venideras.

El idioma! ¡Mina beneficiada siempre, y siempre inagotable! ¡Tesoro en que guardamos como joyas preciosas las expresiones de amor, que casi en la cuna recibimos; santuario venerando, en donde aprendimos el himno peregrino de infalible esperanza, que entonaremos al borde de la tumba! ¿Qué mucho si le amamos con filial ternura, y si con fanático respeto le damos culto, áun los profanos?

Pero los que se dedican á los graves estudios de la Historia y de la Filosofía, áun tienen más poderosa razon para estimar el lenguaje puro, fijo y esplendoroso, á que vosotros dedicais vuestras vigilias; porque, como os ha dicho el nuevo Académico: *el idioma es el importantísimo objeto á cuya perfeccion se han dedicado con preferencia los grandes filósofos y metafísicos;* y lo que es más: *el grado de civilizacion de los pueblos corresponde exactamente á la altura de su lenguaje.*

Verdades son estas que, por decirlo así, le han salido al camino al señor Campoamor, y cuya existencia, en general y en abstracto, ha demostrado con aquella filo-

sofía epigramática, con aquella originalidad peligrosa, que personifican su claro talento, y caracterizan su inimitable estilo. Oportuno sería que os presentase yo ahora algunas ligeras consideraciones sobre semejante hecho histórico, concretándolo á nuestra patria y á nuestro idioma, si un deber de cortesanía y de afecto no me llamase mas bien á dar la bienvenida al nuevo compañero y antiguo amigo, recordando con él otros tiempos y otros estudios; en lo cual, pienso yo, que los que me oyen columbrarán el título más auténtico de la nobleza literaria que hoy le confiere la Academia: ésta se afirmará en su fallo, previendo lo muy útil que puede serle en las venideras empresas campeon tan experimentado; y el mismo señor Campoamor verá, no sin grato respeto, el compromiso que le impone el alto puesto á que es llamado, y que primero que él ocuparon varones ilustres en Filosofía y en Literatura.

En una palabra, mis pobres razones no ampliarán las que habeis oido, que á tanto no alcanzan; ménos aún las impugnarán, que esto ni la ocasion, ni el afecto, ni la inteligencia me lo consienten; os demostrarán meramente dos cosas: 1.ª, que el nuevo Académico se elevó por el estudio de la Poesía al amor y culto de la Metafísica; y 2.ª, que este mismo culto debe ser razonable, y no fantástico; como dirigido á llegar por las vias de la razon á la contemplacion de lo absoluto bueno, de lo absoluto justo y de lo absoluto bello: es decir, al conocimiento de la filosofía cristiana, demostrada á la vez por las maravillas de la naturaleza, por las inducciones de la ciencia y por los sucesos de la historia.

Otros tiempos, he dicho; y por cierto que en ellos no miraba el señor Campoamor las ciencias experimentales

con el desden que se desprende de su discurso; no, por el contrario, consagrándoles las primicias de su talento, buscaba quizá en ellas la ciencia axiomática, de que ahora se muestra enamorado; ó quizá, segun el dicho de Chateaubriand, cavaba la tierra para encontrar el cielo. Entónces su fantasía, flor brotada en la primavera de la vida, derramaba su aroma por el verde suelo en que habia nacido, y por el terrenal ambiente que la rodeaba; y si tal vez, levantando su linda corola, se volvia hácia el sol, era para reflejar en sus tornasolados matices los rayos de la aurora.

Todo era entónces amor y entusiasmo; pero todo era tambien simpática sensibilidad de la madre naturaleza. El título de su primer libro lo indica: *Ternezas y flores*. Y no sólo se las inspiraba, conmoviendo su corazon, el paterno rio Navia, á quien dice:

Déjame ver ¡oh fugitivo espejo!
Pintada en tu cristal la patria mia;
Déjame ver á tu fugaz reflejo
El sitio do mi cuna se mecia;

que al cabo esto podria ser un filial tributo de ternura; sino que la contemplacion de cualquier corriente llevaba tras sí los sones de su lira; y, émulo de Góngora y de Francisco de la Torre, cantaba:

Arroyo sosegado,
Que al resbalar de la enramada bella,
Murmuras acordado,
Rico de espejos, si de aromas ella,
Con vagos resplandores
Confundiendo tu risa con sus flores.

Bella, espontánea inspiracion, que sólo en la naturaleza, más bella y espontánea todavía, tomó su origen, y de la cual pudo decir el jóven poeta, que

Cual las esperanzas mias,
Tiene su verde frescura,
Y tan fresca es su verdura
Como el Abril de mis dias.

Una mariposa, una niña; la guirnalda que teje para su amada, la flor que brota en el valle, son objeto de su estudio y asunto de su canto; y la luz misma de los cielos al alba, al mediodía y al ocaso le habla con tal elocuencia que

Con lúgubre gemido
Solloza el manso viento:
Es un ay cada ruido,
Cada voz un lamento.

No hay para qué cansarse: de lo conocido subió la fantasía del señor Campoamor á lo desconocido, desde la observacion pasó su raciocinio á la abstraccion, desde la naturaleza á la Metafísica; y el lector y la Academia que vuelvan la vista hácia aquellas primeras *ternezas y flores* pueden contar con que

Entre las tiernas canciones
Le ofrecerán con anhelo,
Los aires plumas y sones,
Galas y alfombras el suelo;
Y cuando en volubles giros
Dándole estén lisonjeros
Perfumes los pebeteros
Y música los suspiros,
Agitarán con sus alas
En torno suyo los vientos
Músicas, plumas y cuentos,
Flores, perfumes y galas.

Quién, Señores, al leer esto codiciará mayor pompa? Quién no verá al rico y original poeta? Pero ¿dónde está

todavía el desdeñoso filósofo, que reniega de la experiencia? ¿dónde el arrobado encomiador de la Metafísica, la cual, segun escribe en su obra *El Personalismo*, «es la »ciencia de lo absoluto bello, de lo absoluto bueno y de »lo absoluto verdadero», y que, segun acabamos de oir, «es la ciencia inmensa en que se puede hallar la razon »de todo?»

Esto en cuanto al pensamiento ó fondo de sus primeras poesías; porque en cuanto á la forma, quizá alguno de mis oyentes habrá que al ver en las poesías del señor Campoamor aquel apóstrofe á unos ojos, que dice:

Y es injusto por demas
Que tengais, ojos serenos,
A los que de amor ajenos
Os aman ménos, en más;
Y á mí, que amo más, en ménos.

O esta copla:

Como no vives en mí,
Vivo en tí, mas no contigo;
Y hasta no vivo conmigo,
Como vivo solo en tí.

Alguno, repito, habrá que descubra no sé qué artificioso estilo, que recuerda demasiado á Calderon, y áun al autor de las *Soledades;* y además cierta agudeza sentimental que trasciende á los místicos del siglo XVII.

Pero no adelantemos la obra del tiempo: éste corria, y con él maduraba la razon del jóven poeta; su imaginacion se robustecia, su ingenio se aguzaba, su estilo poco á poco iba caracterizándose; y con todo, no abandonaba el estudio de la naturaleza. Que si la amó al principio como madre y le prodigó *ternezas y flores*, la buscó luego

como amiga, tratóla como amante, y exhaló abrazado á ella los *Ayes del alma.*

Muy diversa de la primera es la índole de esta coleccion: gran progreso hay en el númen, mayor en la razon del poeta. Cantó al principio la naturaleza exterior, y ahora analiza lo íntimo de sus propios afectos. Basta recorrer sus epígrafes: *La compasion*, *El amor inmortal*, *Las dos almas*, *Las ilusiones*, para convencerse de lo que decimos. Al principio, por ejemplo, pintaba en la flor del valle los matizados colores, el delicado olor, y cuando más, la comparaba con la belleza de su amada;

Porque en mi amante locura,
Comparándote á mi bien,
Al lado de tu hermosura
Me hallará la noche oscura,
Y el claro dia tambien.

Ahora, al encontrar aquella misma flor, al notar su *esencia perdida*, más austeros pensamientos le ocurren, más santas aspiraciones lo arrebatan, y exclama:

¡Ay del alma que pierde su inocencia,
Como la flor su aroma y lozanía!
No pierdas, no, tu delicada esencia,
Plácida flor de la esperanza mia.

Y volviéndose á su amada, la invita, no ya á dulces placeres, sino á celestiales y religiosas consideraciones. Tiende, le dice,

Tiende, bien mio, de tu mente el vuelo;
No imites en tu curso á los que, viles,
Por no asaltar en su altivez el cielo,
Usurpan su mansion á los reptiles.

Aires más puros con afan busquemos,
Dejando el valle, en el alzado monte;
Y embebecidos desde allí miremos
Sin límites ni fin el horizonte.
El rojo sol, que los espacios dora,
Hollemos con el vago pensamiento;
Porque bien sé que un paraíso mora
Tras el cristal del azulado viento;
Y sé tambien que por allí, cargados
Se columpian los céfiros de azahares,
Que son los yermos deliciosos prados,
Y lagunas pacíficas los mares.
La Reina de los ángeles inflama
El corazon, de amores más exento;
Y hay un Pastor, que á sus apriscos llama
Las perdidas ovejas con su acento.

Y ved, Señores, cómo aquella propension al estilo conceptuoso y á la contemplacion mística, que al principio pudo tenerse por veleidad juvenil, va convirtiéndose en irresistible inclinacion, para formar como una naturaleza nueva, peculiar y constante.

Sea de esto lo que quiera, cumple á mi propósito testificar que, en los períodos hasta de presente recorridos, el señor Campoamor no habia aún abandonado el estudio de las ciencias experimentales, ni el gusto de aquella verdad natural, que se descubre en la tierra como el diamante, si bien perfeccionada por nuestra inteligencia, llega á reflejar la luz celeste: no habia subido aún de caso pensado á las regiones de la Metafísica, que él llama *cielo del espíritu:* no habia, en fin, pronunciado, ni vosotros oido ese terrible *reniego de la experiencia*, último ingrato adios de un talento pródigo á su madre cariñosísima, la naturaleza.

Pero ¿qué digo, la naturaleza? Si una flor, una simple flor, como habeis visto, enseña á nuestro poeta en su pri-

mer libro las ternuras del amor más fino, en sus *Fábulas* la filosófica diferencia de las condiciones sociales, y en sus *Ayes* la existencia de aquel Pastor Divino, que llama las ovejas descarriadas al aprisco, y que forma su guirnalda con las flores, cuya esencia no se ha evaporado en medio de la corrompida atmósfera del mundo.

Me he referido á las *Fábulas*, y de buen grado las analizaria todas, y copiaria muchas, siquiera para amenizar algun tanto este desaliñado discurso; pero una novedad alarmante, un nombre desconocido, un neologismo audazmente propagado, llama hácia otro libro mi atencion, la cual, Señores, ya supondréis que, por mi calidad de Académico, ha de ser un tanto conservadora y doctrinaria, y por mi oficio de Censor, necesariamente severa.

Todos adivinais ya fácilmente que hablo de las *Doloras*. En verdad, temo, al ver al señor Campoamor seguido de la numerosa falange de imitadores, y armado con las seis ediciones de su célebre libro; temo, digo, el preguntarle: Qué son *doloras?* y que me conteste á secas: «*Doloras* son éstas», echándome encima la carga de sus volúmenes y la elegancia de su popularidad, y hasta el ruido de su no siempre afortunada escuela. Por otra parte, aprendí en la mia que hay dos maneras de probar el movimiento: una demostrándolo filosóficamente, y otra echándose buenamente á andar delante de quien lo pregunta: si este segundo método es lícito, y áun donoso para quien tiene tan resuelta intencion y tan esbeltos movimientos como la musa de mi ilustre amigo, aquel primero es, por lo ménos, en este sitio y en la ocasion presente, más oportuno.

Qué es *dolora?* Paréceme, en primer lugar, que el dolor tiene en el mundo carácter sobrado brusco, poder

harto fuerte, imperio demasiado extenso, para que todos reconozcamos su virilidad, y no lo afeminemos.

Pero *dolora* no significa una sensacion, sino un poema. Y ¿por qué? Vamos despacio. En la Poética hallamos nombres de diferentes clases: los de unas estrofas se refieren sólo á un numeral, como cuartetas, quintillas, octavas; bien así como aquellas infelices criaturas expósitas, que no son conocidas más que por el número de la cuna en que yacen: la número 4, la 5, la 8. Otras composiciones hay más felices y aristocráticas, que perpetúan el apellido de su padre; y sin remontarnos á las anacreónticas, que inmortalizan al lírico de Teyo, tenemos en Castilla las espinelas, que debieron el sér á Vicente Espinel, y poco falta para que el nombre de Jorge Manrique se convierta en apellido de un linaje de poesías. Poemas hay tambien que convierten en nombre propio un apodo metafórico, y así llamamos redondillas y ovillejos á cosas que no pasaron ni por el torno ni por la devanadera. Ni falta ejemplo de referir al lugar de su nacimiento el nombre de alguna familia de poemas, y todos sabemos de dónde vienen las zarzuelas, y quizá orígen semejante tengan los madrigales.

Pero ¿dónde están los etimologistas, los adoradores de la heráldica del vocablo, como diria el señor Campoamor, que me puedan explicar por qué se llamaron endechas las endechas, y coplas las coplas, y sonetos los sonetos? Pues bien, por razon igual se llaman las *doloras* doloras: porque así plugo á quien tuvo la dicha de descubrirlas, y la constancia de perfeccionarlas, y la gloria de verlas aceptadas y aplaudidas por el uso, juez y árbitro supremo, de quien la Academia es, si no servil ejecutora, á lo ménos concienzuda cronista.

Lo que importa es averiguar si tal nombre es necesario para designar un objeto nuevo, y más aún definir el objeto mismo, para reconocer su novedad y dar carta de naturaleza al vocablo que lo distingue.

La *dolora*, segun su autor, es una composicion poética en la cual se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento, y la concision con la importancia filosófica; otro crítico la ha definido como un juguete intencional, género misto de anacreóntica y epigrama; y no falta quien suponga que, como las penas del corazon se llaman *dolores*, las penas del entendimiento se llaman *doloras;* y otro, en fin, piensa que éstas son unos madrigales del ingenio, cuya agudeza se clava melancólicamente en el corazon.

Pues bien, Señores, yo tengo para mí que tales poesías, sencillas como la anacreóntica, ligeras como el madrigal, picantes como el epigrama, no están empapadas en el vino de los banquetes como la anacreóntica, ni perfumadas de tomillo y mejorana como el madrigal, ni salpimentadas de mostaza como el epigrama; pero que conmueven como la oda, describen como el idilio y corrigen como la sátira.

Mucho tiempo há que se dice que la sociedad está corroida por el cáncer de los vicios. Yo no sé si esta figura es limpia, pero ya es antigua: perdóneseme, pues, que la use. Para curar á la pobre enferma, hé aquí que unos emplean el acero de las leyes, otros apelan al cauterio de las revoluciones; los poetas, doctores no ménos sabios, aunque más humanos, forman sobre la enfermedad el diagnóstico de sus sátiras y el plan de sus comedias y el triste pronóstico de sus elegías; pero ello es que la enferma sigue y el cáncer no se cura.

Hé aquí un nuevo doctor. Gran fama ha logrado en poco tiempo. Entre sus émulos, unos dicen que sus medicamentos están confeccionados de mortíferos venenos; otros, que no tienen más virtud que la seductora elocuencia de quien los propina; por el contrario, sus parciales aseguran que contienen tales específicos los más portentosos secretos de la naturaleza y los dones más opímos de la Providencia, y que es con ellos eficaz el remedio, fácil el plan, infalible la curacion. Pero en lo que no cabe duda, y salta á los ojos de todos, y confiesan amigos y enemigos es, que tales homeopáticos medicamentos son apacibles á la vista como granos de aljófar, y que así es grato y fácil el apurarlos como el beber

En limpio vaso de cristal luciente
Agua que serenó barro de Andújar.

Tales son, Señores, las *doloras:* aceptadlas, os diré yo; que si vuestra dolencia se cura ó se alivia, eso habréis ganado; y si no mejorais con la medicina, por lo ménos habréis conocido la sana intencion y el admirable talento de quien la administra.

En suma, la composicion de que hablamos es ligera en su forma, grave en su esencia; á primera vista apacible y quizá placentera; en el dejo que lleva tras sí, moral, y tal vez melancólica.

Con estos datos, presumo yo que algun erudito, cavando en nuestros antiguos poetas, exhumará *doloras. No lo dudo.* Algun crítico alegará que nuestro poeta ha hecho y dado á la estampa *doloras* años ántes de inventar el nombre. *Es muy posible.* Y áun no faltará quien me arguya *ad hominem* con que yo mismo (mal coplero) he

hecho *doloras* sin saberlo, y las he apellidado madrigales. *Y yo lo creo.*

Pero á estos tales responderé que ántes, mucho ántes, de que Copérnico descubriese la importante verdad de que ha hablado el señor Campoamor, é impusiera su nombre á su sistema, ya era el sol centro luminoso de la máquina celeste, y rodaba alrededor suyo el globo en que tantos filósofos habian girado sin saberlo. Antes que la madura fruta se desprendiese del árbol, á cuya sombra reposaba Newton, y que éste infiriese de aquella caida la atraccion al centro de la tierra, en ella vivia, atraido tambien, sin conocerlo. ¿Qué más! en el hogar de cada familia hervia el vapor, y alrededor de cada hombre oscilaba la electricidad, ántes que el genio contemporáneo enfrenase el uno como dragon flamígero, sobre cuya grupa vuela por las naciones y los mares; y despidiese la otra como fulmínea mensajera, que lleva instantáneamente de una extremidad á otra de Europa la idea humana, servida y materializada por el rayo de Dios.

Diré, en fin, que tanto en el órden físico como en el órden moral, todo existe desde que se pronunció el omnipotente *Fiat*. *Nihil novum;* pero ¡feliz el mortal que, en un momento de inspiracion ó de ensueño, tiende la mano, levanta el instrumento que junto á él yacia ignorado ú oculto desde la creacion, y mostrándolo á la humanidad agradecida, le enseña su uso y le impone su nombre!

Me he extendido demasiado en la legitimidad del vocablo; comparemos ahora brevemente el objeto, para mejor conocerlo. La *dolora* no es anacreóntica. ¿Cómo esta hija voluptuosa del paganismo, coronada de rosas,

desceñido el pecho, la copa en la mano, podria recoger los severos consejos de un padre moribundo, que dice:

Voy á morir : de nuestra vida escasa
Pasa en engaños la primer mitad;
La otra mitad en desengaños pasa.

No, esta no es la voz de la anacreóntica ; ¿será acaso la del madrigal? Pero mal podria semejante rapaz de la edad media, que persigue las mariposas entre las flores, y sorprende las abejas en el labio de las zagalas, seguir al alma en su providencial peregrinacion desde la nada, y viéndola en el mundo víctima de ilusiones y encerrada en los sentidos, asegurar, como pudiera nuestro ascético Malon de Chaide, ó Kempis si escribiera en buenos versos castellanos,

Que amando el cuerpo á la tierra,
Y el alma aspirando al cielo,
Siempre están acá en el suelo
Cuerpo y espíritu en guerra.

Pues ménos todavía se parece la *dolora* al epigrama; que aunque éste á veces es justo, nunca es caritativo, y ni se presta á las verdades dulces del Evangelio, ni puede consolar á un padre en la muerte de su hija, asegurándole

Que para las almas puras
Morir es resucitar.

Ni tiene colores con que describir el funeral de una pobre niña, diciendo :

Pobre Carolina mia!
Nunca te podré olvidar.
Ved lo que el mundo decia,
Viendo el féretro pasar.
Un clérigo : — « Empiece el canto. »
El doctor : « Cesó el sufrir. »

El padre: « Me ahoga el llanto! »
La madre: «Quiero morir!»
Un muchacho: «Qué adornada!»
Un jóven: « Era muy bella!»
Una moza: « Desgraciada!»
Una vieja: «Feliz ella!»
«Duerme en paz!» Dicen los buenos!
—«Adios!» Dicen los demas.
Un filósofo: « Uno ménos!»
Un poeta: « Un ángel más!»

Hé aquí nuestra tésis moral que ya se trasluce: el poeta es, de todos estos interlocutores, el que tiene más razon: la Poesía es la que ha enseñado al señor Campoamor el camino de la filosofía verdadera.

En cuanto á la tésis literaria, si esta composicion ó *dolora* no es anacreóntica, ni madrigal, ni epigrama, ¿qué es? *Dolora.* ¿Qué os importa, Señores, que yo no la defina? Los poetas la conocen, los aficionados la cultivan, los curiosos la aplauden, las damas la sienten, y la Academia, no lo dudeis, admitiendo al autor, la dará carta de naturaleza.

Por lo que hace á vosotros, que tan benévolamente me escuchais, yo no sé qué os parecerán los pensamientos que he citado, ni á cuál compararéis semejante estilo; pero de mí sé decir, que, cuando hojeo ciertos libros de mi antiguo amigo, pienso que traigo entre manos no sé cuál poeta desconocido del siglo XVI y XIX, entre místico y racionalista, genio discutidor como hogaño se usa, y conceptista á la moda de antaño, maligno como un *esprit fort*, y, sin saberlo, imitador del Querubin de Ávila. Y lo que es más, Señores, presumo que alguno se allegará á mi opinion si copio aquí sin comentario, y áun sin órden, algunos versos del señor Campoamor en su com-

posicion *Vivir muriendo*, juntos y barajados con otros de la célebre letrilla antigua:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

Dice Campoamor:

Si de la vida por suerte
El breve término dejo,
Conmigo doy sin consejo
En el confin de la muerte.
Y á veces tan dulces lazos
Forman la muerte y la vida,
Que una en otra confundida,
Van una de otra en los brazos.

Y la antigua:

Pero la vida de arriba
Es la vida verdadera:
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva.
Muerte, no seas esquiva;
Vive muriendo primero;
Que muero porque no muero.

Y Campoamor:

Sácame ya, Dios clemente,
De un abismo tan horrendo,
O eternamente muriendo,
O viviendo eternamente.

Y la antigua:

Sácame ya de esta muerte,
Mi Dios, y dame la vida:
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte.
Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no quiero;
Que muero porque no muero.

Ahora bien, Señores, en esta liza en que tanto centellean las armas de agudeza y sensibilidad, que apénas se pueden distinguir uno de otro los combatientes, no me pregunteis quién es el vencedor. Tengo para mí que el señor Campoamor, nuevo Tancredo, se daria por servido, y aún por dichoso, de rendir su corona de poeta á las plantas de su contendiente, que es, no sólo denodada y bella como Clorinda, sino sábia y santa, la más sábia y la más santa de las hijas de España, Teresa de Jesus.

Al llegar, Señores, á este lugar, último límite de la carrera del cantor, y, en mi entender, punto de partida del filósofo, linde que naturalmente separa las dos partes de esta mi respuesta, como distingue y aparta al poeta que habeis coronado y al razonador que habeis oido, dos ideas á la vez me asaltan. Es la primera de admiracion al largo camino recorrido por el autor de las *Doloras:* desde la patria orilla del Navia, en que jugaba con la flor del valle nativo, hasta los nidos de águila, que sólo conoce bien el que se remonta á las cumbres con la santa escritora de *Las Moradas*, ¡oh, qué altura! ¡oh, qué distancia! El señor Campoamor la ha pasado, porque la inspiracion, madre al principio, le prodigaba en su regazo *ternezas* y *flores;* amante luego, correspondió apasionadamente á los *ayes de* su *alma;* númen al cabo, le arrebató en sus alas y lo llevó, no sólo por los amenos collados de la Poesía, sino á las nevadas crestas de la Metafísica; y, en fin, á las volcánicas cumbres de la mística. La segunda idea que me ocurre es de curiosidad, de no vana curiosidad; porque, en efecto, al ver la pasmosa semejanza que hay, por decirlo así, en la fisonomía del raciocinio y del estilo entre la santa Doctora y el novísimo Académico, me ocurre preguntar á éste por su

filiacion filosófica y pedirle el árbol genealógico de sus doctrinas.

No temais, sin embargo, que en la segunda parte que de mi peroracion resta, me pierda yo en semejantes investigaciones: no debo hacerlo, ni por mí, ni por vosotros, ni por el señor Campoamor mismo. No por mí, porque, profano á estas ciencias, la erudicion pegadiza que allegase sería como color postizo, que no podria resistir la clara luz que en este sitio se difunde. No por vosotros, porque si, como habeis oido hace poco, los escritores se distinguen por razas, y los filósofos por dinastías, ¿quién mejor que vosotros conocerá el orígen de aquellas y la sucesion y descendencia de éstas? Vosotros, que teníais no há mucho por compañeros á Donoso Cortés y á Balmes, últimos vástagos de aquella estirpe de príncipes del raciocinio, que gozaron en España el raro privilegio de ser escuchados desde el extranjero: gloriosa progenie, que ascendiendo luego á Suarez, á Vives y á Raimundo Lulio, va á esconder su orígen, más allá del de la lengua castellana, en San Isidoro de Sevilla, y áun ántes de la luz evangélica, en Séneca, el de Córdoba. Os ofenderia además á vosotros, custodios del patrio idioma, que sabeis bien cómo, aún en los tiempos en que para la enseñanza se empleaba, ó se pretendia emplear, la lengua de Ciceron, á pesar de ello han ilustrado la nuestra tan insignes pensadores, ó si se quiere metafísicos, como son, entre los santos, Juan de la Cruz y Teresa de Jesus; entre los ascéticos, los dos Luises; entre los políticos, Saavedra y Rivadeneira; entre los historiadores, Mariana y Solís; y entre los poetas mismos, Calderon y Quevedo.

Ni tampoco el señor Campoamor me agradeceria tales investigaciones sobre el orígen de su sistema; porque

como al nuevo Académico no le importa saber *si el latin es el padre, y el griego el tio carnal ó el abuelo del español*, me doy á entender que tampoco ha de tener en mucho el abolengo de sus doctrinas; sino que mas bien, descuidando en esta parte el libro del *Personalismo*, que es el escudo gentilicio de su sistema, no averiguará si el cuartel en que coloca al hombre con relacion á Dios es semejante ó contrario al que estampó Granada en el *Símbolo de la Fe;* si el otro en que pinta al hombre en relacion con el Estado prueba su parentesco con Saavedra en las *Empresas*, ó con Mariana en su tratado *De Rege;* y si, en fin, su grito del libre albedrío es ó no heredado del que ostenta y glosa Calderon en la *Vida es sueño*. De todos estos entronques y sucesiones, tengo para mí que el señor Campoamor se cura poco, y que prefiere ser hijo de sus obras.

En verdad que no yerra: éstas son muchas en número, ricas en popularidad. De las poéticas principales, ya os he hablado; de las en prosa, podeis juzgar por la bizarra muestra que vosotros mismos habeis oido. De mí sé decir que, ligado con el autor, no por hermandad de estudios, sino por sinceridad de afectos, sólo en afectos me declaro juez competente. Y cierto que no se hallará otro más fino y apasionado que el que muestra tener á la Academia, cuya jurisdiccion quiere extender por el campo de la Metafísica, y el que manifiesta á la misma ciencia, á quien pinta con cualidades y bellezas de otras y retrata con perfecciones casi divinas.

Así es que la supone clara como la luz, fácil como la palabra, exacta como las Matemáticas, inflexible como la Lógica, como la Filosofía extensa, y como la Teología omnisciente y sagrada.

Y ¿quién no ha adornado así alguna vez á la bella de sus pensamientos? ¿Quién no ha columbrado, en medio de su entusiasmo amoroso, la celeste inmaterial bienaventuranza partida con el objeto amado, como el nuevo Académico, en brazos de la Metafísica, entrevé la Teología? ¿Quién no ha retrocedido en deseo á la edad paradisíaca, y, nuevo Adan, se ha formado con su compañera un Eden, en que la naturaleza toda con providencial docilidad los sirva, y Dios con infinito amor los enriquezca?

En un rapto semejante habeis oido, poco hace, preguntar: «Y ¿cómo habló Adan en el paraiso? Y ¿cuál fué su lógica, y cuál su gramática?» O de otro modo: ¿Por qué método ordenó sus ideas, y por qué fórmula las expresó? Quién fué su maestro?»

Ah! cuando esta alma poderosa é inmortal, que traemos aprisionada en el frágil y caduco vaso de nuestra carne, se lanza hácia atras á los instantes de la creacion, ó hácia adelante á los confines de la eternidad, más de una vez levanta estas pavorosas cuestiones. Pues bien, valgámonos ante todo para resolverlas del instrumento que, aunque imperfecto, tenemos más á mano: la razon.

Y ¿quién enseñó á los ruiseñores las secretas leyes del canto? ¿Quién desató sus leves gargantas, de tal modo, que no infringieran los principios de la armonía en sus trinos, en sus escalas, en sus acordes, en sus cadencias? No fué, por cierto, ni el deseo de trasmitir á otros sus sentimientos, ni ménos la reproduccion de ajenas voces, no; su maestro no fué ni el apetito ni la imitacion; artífice más poderoso vigorizó sus arpadas lenguas, autor más sabio les infundió el instinto de la melodía. Pues bien, yo os diré con las palabras de ese mismo divino Maestro: *Multis passeribus meliores estis vos*, mejores sois

vosotros que mil canoras avecillas, y Él que fué artífice de sus gorjeos, fué autor de vuestra palabra.

La diferencia entre vuestro idioma y el armónico canto de las aves y el pavoroso rugido de las fieras, el nuevo Académico la ha señalado, y consiste en que estos son sonidos sin idea, y aquella es idea encarnada en el sonido.

Cede el ruiseñor á su naturaleza canora en sus gorjeos, cede el leon al dolor de la calentura en sus rugidos; pero como ellos no tienen más que instintos, su voz no retrata sino modos de ser de la materia: el hombre, al articular su palabra, revela lo que tiene dentro de sí, el alma; y retrata ó, mejor dicho, materializa la idea que de oculta viene á ser patente, y de espiritual se torna en sensible.

No busquemos el orígen de esta maravilla, contínuamente creadora, sino en el Creador. Si el deseo de trasmitir á su dulce compañera las ideas, primeros frutos del alma, hubiera sido orígen del lenguaje; si nuestros primeros afortunados padres hubieran hablado al modo que el señor Campoamor piensa que hablarian los pastores de las Landas y de la Alcarria, á los dos minutos de reunirse, ó mas bien como se comunican los amantes, cuando se encuentran en visita, es decir, por un movimiento recíproco, propio, cuasi ingénito; permítame el nuevo Académico que le diga que Adan hubiera debido á la madre de los vivientes mucho más que lo que él le habia dado; porque Eva, formada en el sueño, recibió del primer hombre la carne de su carne y el hueso de sus huesos; pero si al despertar le hubiera inspirado el dón de la palabra, no sólo hubiera completado su naturaleza material, sino su naturaleza moral; y en pago de un benefi-

cio caduco y terreno, le hubiera retribuido una recompensa inmortal y celeste. Lo cual es imposible.

Pues más extraviados van aún los que fingen no sé qué orígen imitativo del idioma: á fuerza de remedar el aullido de los animales, el graznar de las aves, el monótono susurrar de las fuentes, el fúlgido estallido de los relámpagos, y el zumbar compasado de las frondes, quieren ellos crear no sé qué músico idioma de ecos mal repetidos. ¿Cómo, segun estos materialistas filólogos, habrá el hombre aprendido el lenguaje, remedando á séres extraños á él y más imperfectos que él? Será el rey de la creacion ménos privilegiado que las aves del aire y las fieras de los bosques, las cuales, sin maestro extraño, reflejan en sus no articuladas voces algo de su propio instinto, huésped al cabo que habita dentro de sus manchadas pieles y de sus matizadas plumas, bien que no les traiga, como la razon, nuevas de un mundo inmortal, á que no están llamadas.

Ah! no; el señor Campoamor tiene razon: la idea y la palabra nacieron gemelas en el alma y en la vida del primer hombre, hijas de un mismo padre. Aquel que dentro del humano bellísimo cuerpo, perfeccion de la materia, encerró un espíritu, imágen y semejanza de la divina esencia, inmortal como ésta, incorpóreo como ésta, libre como ésta, creador como ésta; aquel mismo Sér omnipotente, en la infinidad de su poder, de su sabiduría y de su amor, cuando vió nacer en su criatura privilegiada la primera idea, le *reveló* la primera palabra.

¿De qué sería aquella idea primera, sino de infinito amor y de insondable gratitud? ¿Cómo sonaria aquella palabra vírgen, sino con eficacia, verdad y armonía inefables? Idea y palabra que ha reproducido por toda la

haz de la tierra la familia humana por medio de otras ideas y de otras palabras, que así comprenden los salvajes aduares del desierto, como los florecientes imperios de la civilizacion; es á saber, *adoracion* y *culto*: idea de religion natural y voz de inextinguible *Hosanna*.

Tras de aquel primer pensamiento y de aquel primer signo, la razon percibe confusamente otros, áun ántes de que la sociedad de las dos primeras criaturas se formase; y la revelacion viene en apoyo de la razon. «Adan», dice el *Génesis*, «llamó con sus nombres á todo ser animado, á los volátiles y á los terrestres; pero no encontró semejante á sí quien le ayudase» (Cap. XI, verso 20). Entónces fué cuando Dios infiltró en su cuerpo aquel sopor, durante el cual formó la primera compañera de su imperio sobre toda la creacion. Con ella enriqueció sin duda su lenguaje, como extendió sus ideas y comunicó sus afectos; pero en cuanto al primitivo dón, al pensamiento en acto, al verbo, ya habia existido, hijo sólo del poder de Dios y de la gratitud del hombre, de la revelacion y del amor.

Primitiva idea, primogénita voz, cuya pureza y cuya dulzura no ha igualado ni igualará ya lengua alguna mortal: cuya eficacia y santidad no puede lograr la corrompida descendencia de Adan; y cuya virginal armonía no han vuelto á oir los ángeles sino cuando en la humilde morada de Nazareth se pronunció el *Fiat* de una consustanciacion más inefable y misteriosa que la primera, es decir, la consustanciacion del Verbo de Dios en la carne de María, la encarnacion de la naturaleza divina en la naturaleza humana.

Dos milagros semejantes: uno en el órden de la inteligencia, ántes que Eva existiera; otro en el órden de la gracia, cuando la nueva Eva se iba á hacer madre. Allí

la idea humana se materializa en el vocablo: *Omne enim quod vocavit Adam, ipsum est nomen ejus*. Aquí el Verbo Divino se encarna en las entrañas de una Vírgen: *Et Verbum caro factum est*. Obra una y otra de un solo artífice, Dios Creador que revela, Dios Redentor que se humilla.

Sorprendente y mística analogía entre el dón de la palabra y el misterio de la fe, que ya habia encontrado un religioso épico español, diciendo que la Madre del Divino Verbo

Quedó cual suele el pensamiento humano,
Que pare su concepto y queda sano.
(VALDIVIESO. *Canto XIV.*)

Pero oigo repetir junto á mí á uno de mis más ilustres colegas *minora canamus*, y á fe que tiene razon.

Porque los portentos que la fe revela, sucesos predichos ó prefigurados desde el principio de los siglos y consumados en la plenitud de los tiempos, no están sujetos á mudanza, ni siquiera á sombra de vicisitud, y las personas que en ellos intervienen no son de aquella raza filosófica á que alude el nuevo Académico, cuando dice que *en la cabeza del más pacífico de los metafísicos van encerradas por lo ménos tres revoluciones, una religiosa, otra política y otra literaria.*

En mi entender toda grande trasformacion de la humanidad, todo paso progresivo de la civilizacion en sus providenciales senderos tiene tres inescrutables manifestaciones. Hay un corazon que lo desea, un entendimiento que lo formula, un brazo que lo cumple; y aquel corazon casi siempre es el de un poeta ó el de un sacerdote, que condensan en el suyo el de un pueblo entero; y aquel entendimiento es el de un estadista ó el de un filósofo, y aquel brazo es el de un soberano ó el de un guer-

rero. El corazon precede, como el anhelo; el entendimiento coexiste, como el sistema; el brazo sigue, como la obediencia. La Providencia lo envuelve todo, como en una trinidad sublime, sin confusion de tiempos ni de personas, pero con unidad de miras y de resultados.

Para convencerse de ello, no hay que apelar á la historia del pueblo escogido, cuyos grandes jefes, siendo á la vez profetas, legisladores y caudillos, resumian en sí las tres manifestaciones providenciales de todo progreso, el deseo, la fórmula y la realizacion; sino que áun en los pueblos ajenos á la doctrina revelada, cualquiera descubre igual fenómeno.

¿Quién no verá, áun sin tener la vista de águila de Bossuet, la correspondencia íntima que hay entre los cantos casi míticos de Homero, y los sistemas semidivinos de Platon y Aristóteles, y el magnífico y extenso imperio de Alejandro?

Pues de aquellos dos grandes hombres, Julio César y Augusto, que mutuamente se completan, que juntos componen un solo brazo histórico, y realizan una sola accion providencial, la unificacion del mundo civilizado bajo las águilas romanas, para que sobre sus alas se levantase el lábaro, no hay para qué hablar. El deseo que realizaron ellos y sus sucesores estaba en todas las poesías, y habia dejado traza en todos los ritos: en los Profetas y en las Sibilas, en el Oriente y en el Occidente, en los libros de Isaías y en la lira misma de Virgilio. El sistema, á cuya realizacion, mal su grado, contribuyeron, era mucho más que filosófico: tuvo su maestro en las orillas del Jordan y su explicacion en el sermon de la montaña.

Viniendo á los tiempos que, como diria Donoso Cor-

tés, caen á la parte de acá de aquella misma santa montaña, si oimos resonar en la lira de Prudencio y de los demas poetas de la Iglesia el himno profético de su independencia definitiva, *securæ libertatis*, como ellos decian: si nos convencemos, analizando los Doctores, desde Tertuliano hasta Beda, de la necesidad de un gobierno á la vez fuerte y morigerado: si luego, en un mismo momento histórico, percibimos en las desoladas orillas del Tibre el canto de aquella misma libertad, elevado por quien era á la vez sumo sacerdote y poeta, como Adriano I; y vemos en los bosques germánicos aquella necesidad, certificada en las obras de quien, semejante á Aristóteles, era á un tiempo filósofo y preceptor, como Alcuino; de seguro que aguardaremos instintivamente y saludaremos con afecto casi religioso el advenimiento de Carlo Magno.

Éste, por su parte, cuando echaba de ménos en su vastísimo imperio doce hombres del temple de San Jerónimo y de San Agustin, confesaba implícitamente que tenía la mision de convertir él en realidad lo que en el uno habia sido deseo, y teoría en el otro de aquellos Padres.

En efecto, Carlo Magno fué el brazo que aquel corazon excitó y que dirigió aquella inteligencia; pero brazo que trazó la línea divisoria del mundo antiguo y del nuevo; que influyó en el individuo y en la humanidad; que fundió las pulverizadas escorias del orbe romano y el acero en bruto de las razas septentrionales, para que se formase, como hoy la vemos, rica y vigorosa, la Europa moderna.

Su brazo, además, elevándose á más altas regiones, dividió y consolidó á la vez y para siempre el imperio y el sacerdocio; es decir, la autoridad civil, libre como el

humano albedrío á quien sirve; y la autoridad moral, soberana como la Divinidad á quien adora.

Y pensar ahora que el destino de semejantes colosos no consista más que en abrumar al género humano con su poder, y asombrarlo con la grandeza de sus conquistas, es vano delirio. Cuesta demasiado (como dice Guizot) el asistir á semejante espectáculo, para que, una vez corrido el telon, nada quede de él subsistente sobre la haz de la tierra.

Ni faltarian en nuestra España análogos ejemplos de la triple manifestacion de que hablamos. ¿Qué es el descubrimiento, conquista y evangelizacion del nuevo Mundo, ó (como ahora se diria) su anexion al antiguo, sino el efecto del corazon poético de Isabel, verdaderamente *Católica*, que la desea; de la inteligencia perseverante de Colon, que la demuestra, y del predestinado brazo de Cortés que la remata?

En nuestros dias, en fin, Napoleon es el complemento necesario, el propagador providencial de aquel gran movimiento que vaticinaron en sus poemas los poetas del siglo de Luis XIV, que iniciaron con sus escritos los estadistas y filósofos de Luis XV, y que en páginas de sangre formularon los revolucionarios del 91. Movimiento que quizá no hubiera pasado las fronteras de Francia, si las águilas de Bonaparte no lo hubieran llevado en su vuelo por toda Europa.

¿Cómo, si no, explicar que los comensales de Richelieu, los palaciegos del Monarca de Versalles, los cortesanos de Trianon, cantasen la independencia del Cid, el viril denuedo de Cinna, la clemencia de Tito, el castigo de Atalía y el patriotismo de Bruto; y persiguiesen con su látigo el egoismo, el libertinaje y la hipocresía?

¿Cómo, sin un milagro, comprender que acuñasen los golpes de la guillotina esta gentil medalla de tolerancia, de civilizacion, de dignidad humana y de independencia verdadera, la cual, aunque á veces adulterada por monederos falsos, corre hoy como moneda de buena ley por todo el mundo? ¿Cómo, en fin, no ver, no sentir, que las legiones francesas llevaban en sus bayonetas, ménos el yugo para los vencidos reyes, que la libertad civil y política para los asombrados pueblos?

Ah! muy mal hace quien no vé ó no reconoce en el triunfador de Austerlitz y de Jena más que un hábil jugador de ajedrez. No es ni siquiera un resuelto gladiador, que lucha meramente para entretenimiento y pasmo de la humanidad, congregada en torno suyo en el vasto anfiteatro de la tierra, y cuya vida y cuya muerte penden de que la Providencia, como las antiguas Vestales, levante ó incline su mano virginal. No; Napoleon, todos los grandes guerreros, son el brazo mismo del divino poder, como él á veces oculto, pero como él siempre vigoroso, diestro, irresistible.

Caminamos todos en órden ó en tropel al límite señalado; el polvo que cada cual mueve con su pié, el humo que despide la antorcha de su ingenio, levantan como una nube que nos envuelve y nos ciega á todos, y no nos deja ver siquiera el camino por donde vamos; pero allá nos guia el canto de los poetas, que van delante como exploradores; alrededor nuestro regularizan nuestra marcha los filósofos con sus sistemas, los legisladores con sus códigos; y los caudillos, colocados detras para castigar á los perezosos, atraviesan de vez en cuando nuestras filas, corren á colocarse á nuestro frente, al

aviso del menor obstáculo, y abren paso con su acero á la humanidad infatigable.

Así que, en la marcha colectiva del género humano, la Poesía mueve el pié, la Filosofía mide el paso, la guerra sienta la planta. Al modo que en el particular viaje de cada uno por el sendero de la vida, en su peregrinacion á la eternidad, la razon nos indica el camino, la virtud cariñosamente nos acompaña, la fe sola infaliblemente nos guia.

A esto sin duda alude el señor Campoamor, cuando habla de otros guerreros, que, con más gloria y sin ninguna sangre, conquistan la inmortalidad y vencen al error, á la impostura y á la tiranía. Por mi parte, confieso que en mi ignorancia he comparado siempre á los filósofos, no tanto con los atletas y guerreros, como con los navegantes y descubridores. Cada filósofo me parece como un nuevo Jason, que se lanza á descubrir el vellocino de oro de una importante verdad; como un arrojadísimo Magallanes, que se abre desconocido paso á traves de los mares de la ignorancia; como un perseverante Colon, que descubre á la ciencia el rumbo de innotos y riquísimos continentes.

No por eso niego yo que haya esotras batallas sin soldados, esotras armas de más alcance, que menciona el señor Campoamor, y que ya el español Prudencio habia cantado en su *Psychomachia;* luchas invisibles y casi milagrosas, en que uno mismo es á un tiempo vencedor, vencido y campo de batalla; pugnas infinitas é inmensas, porque se riñen y se ganan en la infinita inmensidad del alma. Pero debo decir que, en mi concepto, tales combates no pertenecen á la Metafísica ni á la Filosofía, sino á region más alta; ni ménos negaré yo que un mismo

hombre pueda ser combatiente en uno y otro género de campaña, y áun afirmo que Napoleon fué en ambos campeon por todo extremo admirable; y si me preguntais de cuál especie fué su mayor triunfo, yo por mi parte lo sujetaré á vuestro concienzudo veredicto.

Juzguemos ántes por contraposicion, y veamos cuándo *el más glorioso de los tiranos modernos*, como le llama el señor Campoamor, nos inspira mayor compasion: cuando aterido de frio, destituido de todo recurso, se retira entre nieves de los incendiados palacios de Moscow, y cuando, vendido por sus propios amigos, sucumbe en Waterloo; ó cuando, acosado de no sé qué vago presentimiento, esclavo de criminal rencor, se pliega como una serpiente para apoderarse de un infeliz príncipe, lo atrae, lo envuelve y lo sacrifica. En aquellos desastres, el gran de hombre no nos inspira lástima, sino admiracion: todo sucumbe, pero no padece su conciencia; caen junto á él millares de soldados, ejércitos, imperios; pero no se abaten su corazon, su talento, su espíritu: leon postrado en la calentura, caido en el lazo, pero bello y majestuoso como rey del desierto. Y aquí ¡cuán diferente! Su alma, no sólo es vencida por la pasion, sino que. esclava y uncida al carro de su propio interes, parece como que es arrastrada en triunfo alrededor de los negros fosos de Vincennes, como el cadáver de Héctor en torno de los muros de Troya.

Por una contraposicion razonable, si alguna vez, guiados por la musa de Manzoni, encontrais al taciturno prisionero de Santa Elena, no os detenga la majestad de su desgracia, ni lo sombrío de su continente; penetrad en su ánimo: veréis cuál se le pone delante, terrible como un ejército desplegado en batalla, el brillante re-

cuerdo de sus pasadas grandezas, y cómo él le opone la formidable masa de sus experimentados desengaños; de qué manera aquí y allí le inquietan y distraen los tiros certeros de arteras humillaciones; y cómo todos ellos no perturban el soberano desden de su alma; y cómo luego caen sobre él en escuadron cerrado sus émulos disparando calumnias, sus favorecidos al grito de sendos perjurios; y cómo él les sale al encuentro con la memoria de su magnanimidad no desmentida, de su generosidad no interesada; y cómo, en fin, le da supremo asalto el remordimiento, por la no bien reparada trinchera de su conciencia; y entónces él se encastilla en el Gólgota, *nella deserta coltrice*, que dice Manzoni; y allí vence, no á los demas, sino á sí propio: no con su brazo, sino con su corazon: no con las propias ya fatigadas águilas, sino con el lábaro de aquel

Che aterra e suscita,
Che affanna e che consola.

Entónces sí, que triunfa con más gloria que en Austerlitz y en Marengo, y brilla con mejor corona que en Paris y en Milan; entónces sí que podréis decirle:

Victoria quæ vincit mundum fides nostra.

Tales glorias, además, no pertenecen exclusivamente á los que ciñen espada ó empuñan cetro; ántes, por el contrario, á veces se consiguen muy por bajo del trono, y muy léjos del campamento. Otro grande hombre ha nombrado el nuevo Académico, el cual, simple soldado en la guerra material, fué gran caudillo y maestro en esotra ciencia de interiores batallas: Cervantes.

Si pudiéramos penetrar en el oscuro calabozo de Argamasilla, en la infecta mazmorra de Argel, en el pobre aposento de Sevilla ó de Madrid; si viésemos cuánto tuvo el desdichado manco, el infeliz Miguel, el insigne príncipe de todos nuestros ingenios, que luchar contra los desprecios de una sociedad que le desconocia, contra las sugestiones del natural orgullo que le asaltaban, contra la postracion de la pobreza que le envilecia, contra las calumnias de sus émulos, los desaires de los grandes, las invectivas de los pequeños; entónces sí que nos pasmaríamos de su victoria, más que de la lectura de sus inmortales escritos.

Y ya en este camino, permítame el señor Campoamor que dé un paso más; discúlpeme si me atrevo á carearle con el autor del *Quijote*, y perdóneme que sospeche que si, conforme con su discurso, saludando á Cervantes, le dijera: «*Metafísico estais;*—Es que no cómo», le daria por respuesta el olvidado morador de la calle de Francos. Y en todo caso, lo cierto es que, no en la Metafísica, ni siquiera en la Filosofía estoica, muy de moda entónces, sino en las verdades consoladoras del Evangelio, supo hallar armas para vencer el orgullo y la pobreza aquel que en su propio ingenio las encontró para triunfar de sus émulos, y pasmar á sus descendientes.

Cervantes y Napoleon: no es mucho que suenen estos dos nombres en el discurso del nuevo Académico; cada uno de ellos por sí solo llena el mundo todo; y sin embargo, han de aparecer juntos en la historia de España como especiales agentes de su gloria. El uno por sus escritos, el otro por sus desastres; aquél por su poco recompensado mérito, éste por su falta, terriblemente expiada; el uno no fué conocido, el otro nos desconoció:

por eso aquél no tuvo corona, y éste perdió la que tenía. La Providencia misma ha dispuesto que una propia cordillera española vea en sus vertientes las prodigiosas escenas, de que ambos fueron autores: Cervantes, el campeon de nuestro idioma; Napoleon, el testigo de nuestro heroismo: símbolos uno y otro de nuestra independiente y gloriosa nacionalidad. Parece que un mismo laurel, echando sus raíces en las cumbres de Sierra Morena. puede cubrir con su sombra, al septentrion, las batallas que ideó el triunfador manco de Lepanto, y al mediodía los abrasados y para siempre memorables campos de Bailén.

Si yo fuese capaz, Señores, de atar la inocente verdad al disparado carro del ingenio (dado que lo tuviese), ó mejor dicho, de la paradoja, quizá os entretuviera rebuscando entre aquellos dos colosos más número de semejanzas. Diria que Cervantes y Napoleon concibieron á porfía una individualidad bien intencionada y bizarrísima, capaz de arrostrar, sola y ensimismada en la prosecucion de su intento, el ímpetu de los reyes y de las muchedumbres, de los elementos y de los siglos; que el uno realizó tal concepcion en su libro y el otro en su persona.

Individualidad poética y magnánima, puesta desde el principio de su carrera en pugna con mercaderes, y en discusion eterna con la positiva realidad y la villana codicia. Individualidad resuelta á pelear con antiguos coronados gigantes, cuyos cien brazos, movidos por el viento de la nacionalidad, lanzan de sí maltrecho á su enemigo. Individualidad que desafía el enjaulado leon de la democracia, el cual, ó pasmado ó desdeñoso, la mira y aguarda otra mejor coyuntura. Individualidad

que ama y sirve una realeza gloriosa, soberana, única perfecta, incomparable, como la que se usaba en los tiempos de Carlo Magno; y, sin embargo, en los suyos no vista por nadie ni gozada. Individualidad que da libertad en su camino á esa raza de galeotes forzados del rey, que, ingratos, la denuestan y apedrean. Individualidad que hace merced de estados y de gobiernos á sus familiares. Que padece ensueños, dicta sabios preceptos, remata increibles proezas; y, más aún que por la magnitud inaudita de los hechos, se perpetúa en la memoria de los hombres por las obras que deja tras sí su inteligencia.

Ni cosa más fácil, como veis, Señores, que hacer de Bonaparte el de Córcega un prodigioso libro de caballerías; ni más sencilla que extractar de los apotegmas de Cide Hamete Benengeli un sabio tratado de moral y de filosofía.

La historia de Napoleon no es, en verdad, el plan de sus batallas ni el mapa de sus conquistas, sino el itinerario de sus ideas. Sus códigos alcanzaron más que sus cañones, y su civilizacion durará más que su imperio El libro de Cervantes, en cambio, no es la locura de un hidalgo, ni la novela de un caballero andante, sino los anales del sentido comun; sus sentencias valen más que sus aventuras; y su forma, su forma que todo lo salva, su forma que es la más digna armadura con que reviste el hombre la inspiracion dada por Dios; su forma durará. como el código de Napoleon, más que la época que compendian, y tanto como la humana razon de quien se inspiran.

Quizá, Señores, habrá algunos que al oir estas comparaciones sientan escándalo, ó á lo ménos disgusto; pues

bien, yo recordaré á los escrupulosos que en este mismo sitio se ha comparado el drama de Sófocles con la tragedia del Calvario; y, en verdad, que quien lo hizo, si contaba con tan aventajado ingenio que á cualquiera acobarda, procedia con tal pureza la intencion, que puede alentar áun al más timorato. A los que se disgusten, contestaré que el soldado de D. Juan de Austria bien puede ir camino de la inmortalidad en compañía de Napoleon el Grande; y el que era amigo de Talma, bien puede partir nuestra admiracion con el gran Cervantes. Ambos son soberanos: si el uno ciñó el laurel de César y la corona de Carlo Magno, el otro ejerce su imperio en el idioma, que, resonando á la vez en las no avasalladas cumbres del Moncayo, en las calientes playas de Cebú y en las nevadas cimas de los Andes, es á la luz de la razon y de la historia el signo más veraz de nuestro poder, el monumento más durable de nuestra fama; y, como el señor Campoamor ha dicho, el vehículo de todas nuestras glorias.

Por lo que á mí toca, señores Académicos, no empeñándome en la fácil empresa de deducir de las poesías de nuestro compañero su sistema metafísico, ni de sus libros filosóficos una bella coleccion de pensamientos poéticos, creo haber dicho cuanto me habia propuesto. Os he presentado á vuestro nuevo colega, si bien humilde por la gratitud á vuestro reciente llamamiento, festivo y apacible como en los primeros años de su carrera, adornado con su más bella vestidura, que es la originalidad, y ufano con sus más preciosas joyas, que son las *Doloras*. Seguro estoy de que habréis descubierto en sus facciones algunos rasgos de vuestros hermanos y sus ilustres predecesores: su poesía es dulce y tierna como

la de Melendez (1), profunda y filosófica como la de Cienfuegos (2), fácil, y áun risueña, como la de Arriaza (3): digno es, por tanto, de participar de la herencia de gloria que aquellos ilustres académicos os legaron. Aun trae en la mano el délfico laurel, por cuya virtud ha penetrado en los oscuros senos de la Metafísica; apoyado en él y temblando, le he seguido, no para contaros el viaje, sino para hablaros de algunas personas y sucesos que casi á tientas he encontrado, ó de algunas verdades, cuya luz confusamente he columbrado entre las tinieblas.

Si algo puedo ahora ofrecer á mi amigo, para que descanse de su fatigosa peregrinacion y de mi más tediosa compañía, será la silla que la Academia le destina. Dejóla vacante el traductor de Anacreonte: digno es de ocuparla el inventor de las *Doloras;* le diré además que el cantor de Colon puede con respeto, pero sin miedo, tomar la herencia de Romanillos, el traductor de Plutarco; que si el señor Campoamor es extremado en el culto de la forma, nunca se hallará más en su centro que sucediendo á Luzan, el restaurador entre nosotros de la forma clásica; que si con tanto amor se afana por el imperio intelectual de lo justo, de derecho le pertenece la silla en que se sentó Campomanes; y que si, en fin, se desvive por la investigacion de lo verdadero, acepte el puesto á que primero que otro alguno fué llamado el

(1) Académico nombrado en 24 de Julio de 1768, muerto en 24 de Mayo de 1817.

(2) Académico nombrado en 19 de Setiembre de 1797, muerto en Julio de 1809.

(3) Académico nombrado en 24 de Noviembre de 1814, muerto en 22 de Enero de 1837.

sabio, virtuoso, elocuente maestro Interian de Ayala, que consagró toda su vida á extender el respeto á la verdad, no solamente en las creaciones del arte, sino hasta en las imágenes del culto (1).

Ha concluido el señor Campoamor su discurso, dirigiéndose á los jóvenes, y pareceria descortés en mí no seguir su ejemplo; pero de seguro, más que mi recomendacion, valdrá el modelo que á la vista tienen. En él aprenderán que el estro poético es la turquesa en que ha de vaciarse, no frágil yeso ó vil plomo, sino el oro purísimo de la ciencia; que áun dada la inspiracion, es necesario guiarla con el estudio de la naturaleza; porque, como decia nuestro inolvidable maestro, el Académico Lista (2), á otro Académico que nos escucha:

Es la lucerna de Epitecto débil
Faro del Pindo.

Verán asimismo que la poesía que meramente describe la naturaleza en su belleza exterior, es como cámara oscura, que, reproduciendo y empequeñeciendo los ob-

(1) La silla señalada con la letra E, fué ocupada el dia de la fundacion de la Academia, 6 de Julio de 1713 por el R. P. Mtro. Fr. Juan Interian de Ayala, del Orden de la Merced, insigne teólogo y orador famosísimo, autor de *El Pintor Cristiano,* obra traducida hoy y estimada en todas partes. Murió en 20 de Octubre de 1730, y le sucedió D. Casimiro Ustáriz, oficial del Ministerio de la Guerra, que falleció en 11 de Abril de 1751. Entró á reemplazarle el célebre crítico y poeta D. Ignacio de Luzan, uno de los más amantes y celosos académicos que se han conocido, que murió en 19 de Mayo de 1754. Fué su sucesor D. Javier de Aguirre, Marqués de Monte-hermoso, que falleció en 8 de Febrero de 1763. Siguióle D. Pedro Rodriguez Campomanes, Conde de Campomanes, que la dejó vacante en 4 de Febrero de 1802; ocupó su asiento D. Antonio Ranz Romanillos, que murió en 3 de Diciembre de 1830; y, finalmente, se sentaba en ella D. José Castillo y Ayensa, que falleció en 4 de Junio de 1861.

(2) Académico nombrado en 6 de Setiembre de 1827, falleció en 5 de Octubre de 1848.

jetos, ni conserva las imágenes, ni alecciona los entendimientos, ni mueve los corazones.

El pintor, el poeta, el artista, han de alimentarse con el pan de la Filosofía verdadera, para elevarse en alas del númen á regiones más altas, donde ya se columbra algo de lo verdadero, de lo bello y de lo justo; si bien la verdad infalible, la belleza suma, la justicia esencial no se iluminan plenamente con la antorcha de la razon humana, sino con la luz celeste de la revelacion y de la fe.

No es más filósofo quien más sabe, sino quien sabe lo que importa saber, y es sobrio en el saber mismo: *Non plus sapere, quàm oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem.* (SAN PABLO: *Ad Rom.*, Cap. XII.)

No lo olvideis, Señores: sin aquella suma inspiracion, la Poesía no es más que ruido; la sabiduría y la virtud mismas no son más que ceguera, llanto y mendicidad; el Fénix de los ingenios ha dicho:

Virtud y Filosofía
Peregrinan como ciegos:
El uno conduce al otro,
Llorando van y pidiendo.

Pidiendo qué? Pidiendo tino que los guie, consuelo que los alivie y pan que los alimente; y la razon humana carece de todo eso dentro de sí y fuera de sí; y todo ello abunda en los inagotables tesoros de la revelacion.

Asíos á ella ¡oh jóvenes que me escuchais! abrazaos todos al dogma con las fuerzas del entendimiento, y del estudio, y del afecto; y el nuevo Académico sale fiador de que

Conseguiréis de este modo
Hallar la ciencia en la fe,
Última razon de todo.

HE DICHO.